



EL PAPA PEREGRINO

Recopilación de textos escritos
en ocasión de los 25 años
del Pontificado de Juan Pablo II



Universidad Católica
Sedes Sapientiae

EL PAPA PEREGRINO

**RECOPIACIÓN DE TEXTOS ESCRITOS
EN OCASIÓN DE LOS 25 AÑOS
DEL PONTIFICADO DE JUAN PABLO II**

**El Papa Peregrino. Recopilación
de textos escritos en ocasión de los 25 años
del Pontificado de Juan Pablo II**

Diseño gráfico y arte final: Imagen Institucional

© 2004 Fondo Editorial de la Universidad Católica Sedes Sapientiae

Depósito Legal: 1501122004-6227

ISBN: 9972-9929-0-x

Prohibida la reproducción parcial o total de los textos y dibujos
sin permiso de los editores y autores.

Esq. Constelaciones y Sol de Oro. Urbanización Sol de Oro. Los Olivos, Lima-Perú
Teléfonos: (51-1) 533-5744 / 533-6234 / 533-0008 / Website: www.ucss.edu.pe

ÍNDICE

Juan Pablo II: 25 años después <i>Monseñor Lino Panizza</i>	1
Breve biografía de Su Santidad Juan Pablo II	5
<i>Redemptor hominis</i> : el programa de un pontificado <i>Monseñor Angelo Scola</i>	9
Juan Pablo II, peregrino de la evangelización <i>Luis Solari de la Fuente</i>	19
Mensajes pontificios al Perú pronunciados en Lima	39
Homilía de Monseñor Rino Passigato en el día del Papa (domingo 29 de junio de 2003)	41
Las catorce encíclicas del Santo Padre Juan Pablo II <i>Cardenal Joseph Ratzinger</i>	49
Constitución apostólica del Sumo Pontífice Juan Pablo II sobre las universidades católicas	59

JUAN PABLO II: 25 AÑOS DESPUÉS

“Un hombre de fe con una apertura mental y una visión del mundo extraordinarias”.

“En tiempos de derrota, como los actuales, ha hablado del Cristianismo como victoria sobre la muerte, sobre el mal, sobre la infelicidad y la nada que se acecha en cada susurro humano”.

“Se está entregando completamente, hasta la última gota de su sangre”.

“Ante el derrumbe del mundo producido por las ideologías, ha dado una explicación de la fe plena de evidencias racionalmente persuasivas”.

“Siempre ha querido que los hombres vivan según Dios”.

Con estas y otras numerosísimas expresiones, grandes personalidades del mundo contemporáneo han querido testimoniar los rasgos más impresionantes y fecundos, sea de la personalidad de este Papa polaco “peregrino en las calles del mundo”, 264^o sucesor del apóstol Pedro, sea de este extraordinario y sorprendente periodo: 25 años de la historia, de la Iglesia y de la humanidad.

Muchos recordaremos —por haberlas escuchado directamente— aquellas primeras palabras la tarde romana de un 16 de octubre: “¡No tengan miedo, abran de par en par las puertas a Cristo!”.

El mismo grito, la misma invocación cierta y proclamada con fuerza apasionante y conquistadora de una verdad, testimoniada con su misma vida “hasta la última gota de su sangre”, fue escuchada nuevamente en aquel primer regalo: su primera carta encíclica, *Redemptor Hominis* (1979): “Cristo, centro del cosmos y de la historia”.

También nosotros, desde nuestra universidad, hemos acogido y volvemos a asumir, hoy, este reto: colaborar en la construcción de la “civilización de la verdad y del amor” dentro del trabajo diario. En esta casa de estudio, queremos hacer de la investigación, de la cultura, de la educación, el terreno de prueba donde comprobar y verificar la genialidad de aquella inolvidable y

prometedora afirmación cristocéntrica, llena de amor y de pasión para la humanidad entera.

Sorpresa, estupor y gratitud han inundado el mundo en estos tiempos. Cada uno, desde su situación particular, desde su condición social, cultural, étnica y religiosa, tiene un motivo de admiración, un motivo personal de afecto, de gratitud, de estima, de esperanza hacia la persona de Juan Pablo II.

Entre estos no solo están los 17 millones 350 mil peregrinos que han participado en las más de mil audiencias generales que se celebran los miércoles, sino los 8 millones de peregrinos durante el Gran Jubileo del año 2000, los millones de fieles que el Papa ha encontrado durante las visitas pastorales a Italia y el resto del mundo (102 viajes pastorales al exterior y 143 por el interior de este país), los millares de personas que, en estos 25 años, han sido alcanzadas, confortadas, animadas y fortalecidas por las palabras y los gestos del Sucesor de Pedro, “dulce Cristo en tierra”, solía decir Santa Catalina de Siena.

Pensemos en todos los que viven en el dolor, en el sufrimiento, persecución, opresión moral y material. Pensemos, además, en todas las personas a las cuales, directa o indirectamente, el Santo Padre ha pedido perdón, asumiendo culpas, omisiones y errores de otros tiempos. Asimismo, pensemos en los numerosos y tremendos conflictos que la humanidad ha tenido que sufrir en este periodo; ¿De dónde han venido unas palabras de esperanza y una posibilidad concreta de diálogo, de encuentro, de inesperada reconciliación?

¿Quién lo hubiera dicho? ¿Quién podría imaginarse todo lo que iba a pasar a partir de aquella tarde del 16 de octubre de 1978? Algunos recordamos cómo los periodistas de todo el mundo no podían esconder su incomodidad al pronunciar un apellido tan raro. Nadie podía imaginar entonces todo lo que habría de acontecer:

¿Quién podía imaginarse a un Papa que cruza el Tíber y entra en la Sinagoga?
¿Quién podía soñar un Papa que pronuncia solemnemente en San Pedro el *mea culpa* por los errores cometidos en los siglos por la Iglesia? ¿Quién podía predecir la meditación de un Pontífice romano en una mezquita? ¿Quién habría osado describir a un Papa sangrante por los disparos de un sicario llegado de Estambul?

La Universidad Católica Sedes Sapientiae (que justamente recibió en el Año Santo 2000 la imagen de la Virgen Sedes Sapientiae “Trono de la Sabiduría”, que el mismo Santo Padre bendijo y envió las universidades del mundo) también quiere decir “¡presente!”.

Nuestro sí sincero y entusiasta en este XXV aniversario; tiempo rico y fecundo de encuentros, de diálogo, de nuevos compromisos hacia la unidad, la paz, la reconciliación, tanto en el Perú como en todo el mundo.

Con orgullo, a la vez que con temor y temblor, unimos nuestra voz a la de la entera humanidad. Presentamos nuestros sentimientos de conmoción, de gratitud y de sincera voluntad y firme propósito de asumir los retos, extraordinarios y apasionantes, que el Magisterio de Juan Pablo II, y su misma vida, nos están entregando hoy en nuestro trabajo diario, en nuestra labor académica, en nuestro gran “sueño” e ideal de contribuir a la “formación de hombres libres” que sean en la sociedad la semilla de la nueva civilización, fundada en la esperanza y en el amor.

Monseñor Lino Panizza Richero

Gran Canciller

Universidad Católica Sedes Sapientiae

BREVE BIOGRAFÍA DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II

Karol Józef Wojtyła, conocido como Juan Pablo II desde su elección al papado en octubre de 1978, nació en Wadowice, una pequeña ciudad a cincuenta kilómetros de Cracovia, el 18 de mayo de 1920. Era el segundo de los dos hijos de Karol Wojtyła y Emilia Kaczorowska. Su madre falleció en 1929; su hermano mayor Edmund (médico), en 1932; y su padre (suboficial del ejército), en 1941.

A los 9 años, hizo la Primera Comunión y a los 18 recibió la Confirmación. Terminados los estudios de enseñanza media en la escuela “Marcin Wadowita” de Wadowice, se matriculó en 1938 en la Universidad Jagellónica de Cracovia y en una escuela de teatro.

Cuando las fuerzas de ocupación nazi cerraron la universidad, en 1939, el joven Karol tuvo que trabajar en una cantera y, luego, en una fábrica química (Solvay) para ganarse la vida y evitar la deportación a Alemania.

A partir de 1942, al sentir la vocación al sacerdocio, siguió las clases de formación del seminario clandestino de Cracovia, dirigido por el Arzobispo de Cracovia, Cardenal Adam Stefan Sapieha. Al mismo tiempo, fue uno de los promotores del “Teatro Rapsódico”, también clandestino.

Tras la Segunda Guerra Mundial, continuó sus estudios en el Seminario Mayor de Cracovia, nuevamente abierto, y en la Facultad de Teología de la Universidad Jagellónica, hasta su ordenación sacerdotal en Cracovia el 1 de noviembre de 1946.

Seguidamente, fue enviado por el Cardenal Sapieha a Roma, donde, bajo la dirección del dominico francés Garrigou-Lagrange, se doctoró en 1948 en Teología con una tesis sobre el tema de la fe en las obras de San Juan de la Cruz. En aquel periodo, aprovechó sus vacaciones para ejercer el ministerio pastoral entre los emigrantes polacos de Francia, Bélgica y Holanda.

En 1948, volvió a Polonia y fue vicario en diversas parroquias de Cracovia y capellán de los universitarios hasta 1951, cuando reanudó sus estudios filosóficos y teológicos. En 1953, presentó en la Universidad Católica de

Lublín una tesis titulada “Valoración de la posibilidad de fundar una ética católica sobre la base del sistema ético de Max Scheler”. Después pasó a ser profesor de Teología Moral y Ética Social en el Seminario Mayor de Cracovia y en la Facultad de Teología de Lublín.

El 4 de julio de 1958, fue nombrado por Pío XII Obispo Auxiliar de Cracovia. Recibió la ordenación episcopal el 28 de septiembre de 1958 en la catedral del Wawel (Cracovia) de manos del Arzobispo Eugeniusz Baziak.

El 13 de enero de 1964, fue nombrado Arzobispo de Cracovia por Pablo VI, quien le hizo cardenal el 26 de junio de 1967.

Además de participar en el Concilio Vaticano II (1962-1965) con una contribución importante en la elaboración de la constitución *Gaudium et spes*, el Cardenal Wojtyła tomó parte en todas las asambleas del Sínodo de los Obispos.

Desde el comienzo de su pontificado, el 16 de octubre de 1978, el Papa Juan Pablo II ha realizado 102 viajes pastorales fuera de Italia y 144 por el interior de este país. Además, como Obispo de Roma, ha visitado 301 de las 334 parroquias romanas.

Entre sus documentos principales se incluyen: 14 Encíclicas, 15 Exhortaciones apostólicas, 11 Constituciones apostólicas y 43 Cartas apostólicas. El Papa también ha publicado dos libros: *Cruzando el umbral de la esperanza* (octubre de 1994), *Don y misterio: en el quincuagésimo aniversario de mi ordenación sacerdotal* (noviembre de 1996) y *Tríptico romano-Meditaciones*, libro de poesías (marzo de 2003).

Juan Pablo II ha presidido 143 ceremonias de beatificación, en las que ha proclamado 1320 beatos, y 50 canonizaciones, con un total de 476 santos. Asimismo, ha celebrado 9 consistorios, durante los que ha nombrado 232 (uno *in pectore*) cardenales, y ha presidido 6 asambleas plenarias del Colegio Cardenalicio.

Desde 1978 hasta hoy, el Santo Padre ha presidido 15 Asambleas del Sínodo de los Obispos: 6 ordinarias (1980, 1983, 1987, 1990, 1994, 2001), una general extraordinaria (1985), y 8 especiales (1980, 1991, 1994, 1995, 1997, 1998 [2], 1999).

Ningún otro Papa se ha encontrado con tantas personas como Juan Pablo II: en cifras, más de 17 millones 119 mil 200 peregrinos han participado en las

más de mil Audiencias Generales que se celebran los miércoles. Ese número no incluye las otras audiencias especiales ni las ceremonias religiosas (más de ocho millones de peregrinos durante el Gran Jubileo del año 2000) ni los millones de fieles que el Papa ha encontrado durante las visitas pastorales efectuadas en Italia y en el resto del mundo. Hay que recordar, también, las numerosas personalidades de gobierno con las que se ha entrevistado durante las 38 visitas oficiales, las 709 audiencias o encuentros con jefes de Estado, y 241 audiencias y encuentros con Primeros Ministros.

REDEMPTOR HOMINIS: **EL PROGRAMA DE UN PONTIFICADO**

Monseñor Angelo Scola

1. Hacia Cristo, Redentor del hombre

Al cumplirse 25 años de pontificado de Juan Pablo II, ¿cómo releer la encíclica decisiva evitando la tentación de hacer balances que por motivos evidentes estarían absolutamente fuera de lugar?

Acogiendo precisamente la invitación del Papa, quien define esta encíclica, al final de la misma, como una meditación (ver RH 22). Abordando este precioso texto con ritmo meditativo, se descubre la belleza de la figura de Cristo, el camino que a partir de esa inolvidable noche de octubre de 1978 está recorriendo el pueblo de Dios en forma especialmente fascinante junto al Sucesor de Pedro.

En la clausura del Gran Jubileo del año 2000, Juan Pablo II quiso recordar con vigor que, para responder a su vocación y misión, la Iglesia no está llamada a “inventar un ‘nuevo programa’”. El programa ya existe: es el de siempre, recogido del Evangelio y la Tradición viva, y está centrado en definitiva en Cristo mismo” (*Novo Millennio Ineunte* 29). Estas palabras constituyen la eficaz repetición de lo escrito por el Papa en *Redemptor hominis* 7: “Para nosotros, la única orientación del espíritu, la única dirección del intelecto, la voluntad y el corazón es esto: hacia Cristo, Redentor del hombre; hacia Cristo, Redentor del mundo. A Él deseamos mirar, porque sólo en Él, Hijo de Dios, hay salvación”.

Por consiguiente, nuestra breve tentativa se limitará a identificar algún elemento fundamental propuesto por *Redemptor hominis*, que resulta más nítido en su espesor a partir de la peculiar sinfonía de vida, testimonio, gobierno y enseñanza propios del actual pontífice.

2. El nuevo Adán

Animada por la justa instancia con respecto al carácter incoercible de la libertad del sujeto individual, la modernidad ha impulsado un replanteamiento de la relación verdad-libertad, en áspera dialéctica con la Iglesia y cayendo a menudo en las arenas movedizas del agnosticismo y el ateísmo. Si se da por sentado el deber de la libertad de hacer espacio a la verdad en su totalidad, afirmándose, por consiguiente, que la libertad está al servicio de la verdad, no solo no se niega la verdad de la libertad, sino que también se exalta todo su alcance. El Concilio Vaticano II asumió valerosamente esta preocupación de la modernidad mediante la enérgica formulación de una ponderada doctrina sobre la libertad de conciencia, articulada de distintas maneras a nivel de la persona, la comunidad eclesial y religiosa, y la sociedad civil.¹

En este contexto, *Redemptor hominis*, en la estela del Concilio Vaticano II y con especial referencia a *Ecclesiam suam* 4, muestra que el peculiar carácter absoluto de Jesucristo, entendido como aquel que revela definitivamente el rostro de cada hombre, no anula la tensión dramática de la libertad del individuo ni lo despoja de su rol protagónico en el escenario del gran teatro del mundo. En cierto sentido, se puede decir que *Redemptor hominis* recoge en toda su profundidad la violenta provocación de Nietzsche: “La fe [...] se asemeja tremendamente a un permanente suicidio de la razón [...] La fe cristiana es desde el principio sacrificio: sacrificio de toda libertad, de todo orgullo, de toda autoconciencia del espíritu, y al mismo tiempo servidumbre y escarnio de uno mismo, automutilación”.² Ante la desesperada denuncia del trágico profeta de nuestro tiempo, el cristiano puede responder con la luminosa afirmación del filósofo Mario Vittorino: “Cuando encontré a Cristo, me descubrí hombre”.³

Con decisión, *Redemptor hominis* enfrenta desde su comienzo el enigma constitutivo del hombre. Con la encarnación, Dios “entró en la historia de la humanidad, y como hombre se convirtió en su ‘sujeto’, uno entre miles de millones y al mismo tiempo Único” (RH 1). Juan Pablo II propone el carácter central objetivo y absoluto de Jesucristo.

Corresponde, en todo caso, precisar el dato cristológico tal vez más relevante de *Redemptor hominis*. En la encíclica, Jesucristo no es presentado únicamente como Aquel que redime al hombre pecador: “La Encíclica sugiere la idea de un carácter central de Cristo de orden radical y originario, y no parcial y derivado, como resultaría a partir de la idea de un Cristo que se considera dependiente del pecado de Adán”.⁴ Él no es puramente el Redentor, sino también el jefe de la creación (ver RH 7). En calidad de jefe de la humanidad, Jesucristo es realmente el “alfa”. En Jesucristo, el hombre es pensado, deseado (predestinado), creado y no solo redimido (ver RH 8-9).

El vínculo entre Cristo y cada hombre no conduce a la absorción del individuo y su incapturable libertad en una teoría abstracta e indiferenciada en la que todo está predeterminado. Por el contrario, Jesucristo es figura, forma, de lo humano en cuanto persona viva que se entrega de manera perenne a la libertad individual para ponerla en movimiento. En Él, como el niño en brazos de la madre, cada hombre encuentra la audacia para poder decir “yo” sin medida alguna y emprender responsablemente la acción.

Redemptor hominis recoge así el legado de *Dei Verbum*, donde la Revelación es considerada en su valor histórico, como hecho concreto, sin perder en absoluto el riguroso carácter noético que le confiriera *Dei Filius*. La verdad de la persona y la historia de Jesús de Nazaret se presenta como forma plena, *universale concretum*, de la autocomunicación del *Deus Trinitas* a cada uno de los hombres (ver DV 2-6). A partir de la Trinidad, la verdad es propuesta por el cristianismo como evento personal y comunitario que llega hasta la formulación necesaria y articulada del dogma. Para *Redemptor hominis*, el evento redentor se apoya en un cristocentrismo trinitario. Esto mismo será retomado luego en las otras dos encíclicas del tríptico, *Dives in misericordia* y *Dominum et vivificantem*. Esta decisiva opción teológica acompaña toda la enseñanza magisterial del Papa. Como confirmación, basta citar dos auténticas perlas preciosas: la afirmación de Jesucristo como ley viva y personal ofrecida por *Veritatis splendor* 15, a la que hace eco *Fides et ratio* 12 cuando sostiene que “la encarnación del Hijo Dios permite ver realizada la síntesis definitiva que la mente humana, partiendo de sí misma, ni siquiera habría podido imaginar: lo Eterno entra en el tiempo, el Todo se oculta en el fragmento, Dios asume el rostro del hombre” (FR 12).

La celebración del Gran Jubileo del año 2000, gesto tras gesto, encuentro tras encuentro, dio testimonio de toda la fecundidad de este cristocentrismo trinitario.

3. “Adán renovado”

El cristocentrismo trinitario de la primera encíclica de Juan Pablo II, apoyado en el sólido y concreto anclaje histórico de Jesús de Nazaret, Dios y hombre verdadero, se califica como trinitario por cuanto revela el nombre propio del designio del Padre en cuanto al individuo, la humanidad y el cosmos mismo. *Redemptor hominis* llega, de hecho, a afirmar que “la revelación del amor y la misericordia tiene una forma y un nombre en la historia del hombre: se llama Jesucristo” (RH 9).

La osadía del acto de fe jamás puede desvanecerse en un a priori de sabor gnóstico, así como la elocuencia razonable de los gestos y palabras de Jesús no puede ser envilecida por fideísmos incapaces de hacerse cargo de la totalidad del drama humano. Los párrafos 9 y 10, que enfocan respectivamente la dimensión divina y la humana del misterio de la redención como “renovada creación” (ver RH 8), se hacen cargo de mostrar cómo puede mantenerse, en el transcurso del tiempo y en la articulación del espacio, “el vínculo dinámico del misterio de la Redención con cada hombre” (RH 22). El ansia y, a veces, la angustia moderna, reacia a toda tentativa de capturar la libertad siempre resuelta e inaferrable del hombre, son asumidas desde el interior, de manera sumamente competente, por “Aquel que ha penetrado de manera única e irrepetible en el misterio del hombre y ha entrado en su corazón” (RH 8).

Tanto la reflexión trinitaria como cristológica y antropológica dan vida a una poderosa, pero debidamente articulada, visión unitaria que ofrece a la libertad del hombre una propuesta razonable y conveniente:

El hombre que desea comprenderse a sí mismo en profundidad y no sólo de acuerdo con criterios y medidas del propio ser de carácter inmediato, parcial, a menudo superficial y además aparente- debe acercarse a Cristo con su debilidad y condición pecaminosa, con su vida y muerte. Debe, por así decir, entrar en sí mismo con todo su ser, ‘apropiarse’, asimilar toda la realidad de la encarnación y la Redención para volver a encontrarse a sí

mismo. Si opera en él este profundo proceso, entonces produce frutos no sólo de adoración a Dios, sino también de profundo asombro de sí mismo. (RH 10)

Juan Pablo II presenta así al cristianismo como “estupor y al mismo tiempo persuasión y certeza de la fe, que en forma oculta y misteriosa vivifica cada aspecto del humanismo auténtico y está estrechamente unido con Cristo” (RH 10).

La consideración del hombre en el “orden” de Jesucristo, que exalta la libertad del mismo, propone nuevamente la enseñanza autorizada de la constitución pastoral *Gaudium et Spes*, ampliamente retomada por *Redemptor hominis* y por todo el magisterio de Juan Pablo II: Jesucristo como forma realizada de lo humano: “En realidad, solamente en el misterio del Verbo encarnado encuentra verdadera luz el misterio del hombre” (GS 22). Se trata, como se sabe, de uno de los pasos conciliares repetidos con más frecuencia en el magisterio de Juan Pablo II.

Redemptor hominis no solo ofrece una peculiar concentración del dictado conciliar respecto de la cuestión antropológica, sino también, partiendo de la situación del hombre redimido, se atreve a enunciar juicios precisos de orden histórico-cultural sobre el paso de la civilización a un tiempo fascinante y dramático como al que estamos asistiendo. La atención sobre el hombre en cuanto ser referido a Jesús, verdad histórica en persona, ciertamente no puede eximirse de tener en cuenta los procesos históricos en los que se halla implicado el hombre contemporáneo en el ámbito de los diversos sistemas, regímenes y concepciones ideológicas del mundo. En efecto, “no se trata aquí únicamente de dar una respuesta abstracta a la pregunta ‘quién es el hombre’, sino de todo el dinamismo de la vida y la civilización. Se trata del sentido de las diversas iniciativas de la vida cotidiana, y al mismo tiempo de las premisas para los numerosos programas de civilización, programas políticos, económicos, sociales, estatales y muchos otros” (RH 16).

El hecho de citar a propósito el magisterio de Juan Pablo sobre el matrimonio y la familia, así como su enseñanza social, es de tal manera obvio que parece superfluo.

Conviene más bien recordar alguna iniciativa concreta, como la fundación del Pontificio Instituto Juan Pablo II para Estudios sobre el Matrimonio y la

Familia, cuya mención es obligada en esta sede, junto con la fundación del Pontificio Consejo para la Familia, o la incansable acción a favor de los derechos humanos y la paz, dirigida por el Papa en primera persona. Son únicamente dos imponentes documentaciones de la vigorosa determinación de este pontificado de recorrer ese “primer camino fundamental de la Iglesia, camino trazado por Cristo mismo” (RH 14) que es el hombre.

4. En el regazo de la nueva Eva

Jesucristo, el hombre, la familia humana y su historia ocupan el escenario del gran proyecto trazado en los comienzos del pontificado. En primer plano, no podía dejar de imponerse la cuestión de método decisiva: ¿dónde puede el hombre reconocer concretamente la posibilidad de realización que le ofrece Jesucristo, nuevo Adán? La respuesta a esta pregunta debe, ante todo, hacerse cargo de una grave dificultad. Me refiero a la convicción (que afecta a Occidente a partir de la época moderna, y en la actualidad, desgraciadamente, se ha convertido en opinión común de la cultura mediática,) de que el hombre es tanto más libre mientras más se sustrae a todo vínculo, incluyendo aquellos de carácter constitutivo, como la relación con Dios, con la familia, con los cuerpos intermedios y con la comunidad civil. Sin embargo, esta actitud tenaz y acrítica no solo desconoce el dato según el que la verdad es en sí misma un Acontecimiento de amor (Trinidad), sino que también contradice la experiencia humana elemental misma al alcance de cada uno de nosotros desde la infancia.

Una vez resuelta esta perniciosa contradicción, la respuesta dada por *Redemptor hominis* a la pregunta crucial de método hace surgir un elemento ulterior, tal vez reconocible hoy con mayor claridad que en el pasado. Se trata de un dato que califica la enseñanza del Concilio Vaticano II.

Me refiero a la consideración de la Iglesia como “sacramento o señal e instrumento de la íntima unión con Dios y la unidad de todo el género humano” (LG 1). Es significativo el hecho de que el Papa haya querido retomar esta cita de *Lumen gentium* en tres pasajes de *Redemptor hominis* (ver RH 3, 7 y 18).

Llamada a continuar el diálogo de Dios con los hombres, vuelve la referencia de *Redemptor hominis* a la encíclica *Ecclesiam suam* de Pablo VI (ver RH 4): la Iglesia es un tema personal y social, es la “comunidad de los discípulos, cada uno de los cuales, de distinta forma [...] Sigue a Cristo” (ver RH 21). Semejante visión de quién, más que de qué, es la Iglesia apunta a hacer evidente, en la estela del Concilio Vaticano II, “de qué manera esta comunidad ‘ontológica’ de los discípulos y confesores debe convertirse cada vez más, también “humanamente”, en una comunidad consciente de su propia vida y actividad” (RH 21). La Santa Iglesia de Dios se revela así como auténtica *forma mundi*. La celebración de las Asambleas Ordinarias y Extraordinarias del Sínodo de los Obispos, expresión del carácter colegial episcopal propugnado por *Redemptor hominis* (ver RH 5), ha contribuido considerablemente a fortalecer la comunidad cristiana. A este examen detenido, también “humano”, de la identidad del fiel y la comunidad cristiana contribuyen perfectamente los viajes apostólicos de Juan Pablo II. En su interior, se reserva un puesto enteramente particular a las Jornadas Mundiales de la Juventud, cuyo poder misionero y regenerador del tema eclesiástico no pasa desapercibido. La consideración del tema eclesiástico que nos ofrece el pontificado de Juan Pablo II es absolutamente concreta e histórica, al igual que la de *Redemptor hominis* sobre el hombre. En este marco, es posible, por una parte, comprender la atención prestada siempre por el Papa a las tradiciones y a los ritos católicos no latinos (pensemos, por ejemplo, en la encíclica *Slavorum apostoli*). Por otra, el hecho de asumir en forma integral y sin reservas la historia de la cristiandad, marcada también por el pecado de los fieles, ha llevado al Santo Padre a emprender con decisión el paciente y tenaz trabajo por la unidad de los cristianos (ver RH 6). Además de la significativa encíclica *Ut unum sint*, se recuerdan los encuentros ecuménicos en los que el Papa ha deseado participar personalmente, así como las celebraciones comunes con ocasión del Gran Jubileo.

Por último, corresponde plenamente a esta vocación misionera de la Iglesia la tarea del diálogo interreligioso (ver RH 6). Las imágenes de Juan Pablo II en la Sinagoga de Roma o las de Asís, y en el Patio de la Gran Mezquita de Omayade de Damasco han dado la vuelta al mundo y permanecerán en las páginas de la historia contemporánea.

¿De dónde proviene esta fuerza misionera de la Iglesia?

La respuesta sintética, pero inequívoca, que nos ofrece *Redemptor hominis* nos conduce con naturalidad a la sumamente reciente encíclica *Ecclesia de Eucharistia*: “La Iglesia vive de la Eucaristía, vive de la plenitud de este Sacramento” (RH 20), que establece “una misteriosa contemporaneidad entre el Triduum y el transcurso de todos los siglos” (EE 5).

En el Sacramento eucarístico, el fiel, sujeto eclesial personal y comunitario, es incorporado, por obra del Espíritu, a Jesús Redentor, Hijo del Padre eterno, que invita a todos los hombres de toda la historia a decidir, en el acto de fe, en calidad de protagonistas de la verdad. Como escribe el mismo Karol Wojtyła en uno de sus poemas, nosotros “recibimos el Sacramento donde permanece Aquel que ha pasado [...] y también nosotros, en el paso hacia la muerte, permanecemos en el espacio del misterio”.

Notas:

¹ Ver *Gaudium et Spes* 16-17, 31, 41, 43 y, especialmente, las declaraciones *Nostra aetate* y *Dignitatis humanae*. Sobre el pensamiento de Karol Wojtyła al respecto en el ámbito del Concilio, ver A. Scola, *L'esperienza elementare. La vena profonda del magistero di Giovanni Paolo II*, Genova, Marietti, 2003, pp. 130-133.

² F. Nietzsche, *Al di là del bene e del male* (Más allá del bien y el mal) Milán, Adelphi, 2002, p. 54.

³ M. Vittorino, *In Ephesios* 4, 14.

⁴ A. Scola, *Questioni di antropologia teologica*, Roma, PULMursia, 1997, p. 30.

⁵ K. Wojtyła, “Meditazione sulla morte II”. En *Tutte le opere letterarie*, Milán, Bompiani, 2001, p. 95.

JUAN PABLO II, PEREGRINO DE LA EVANGELIZACIÓN

Luis Solari de la Fuente

En alguna otra ocasión, he referido que soy converso luego de haberme distanciado de la fe; mi conversión se inició precisamente en 1978. Juan Pablo II ha sido y será siempre para mí, más allá de estos 25 años, el gran amigo e inspirador permanente de la fe. Hace pocas semanas, fue un gran obsequio poder encontrarme frente a su mirada y encontrar en ella la paz, el amor y la fuerza que han caracterizado el papado del Vicario de Cristo entre nosotros.

Recordemos hoy a aquel Papa venido de lejos, a aquel humilde niño de padres sencillos y devotos de Dios; al seminarista perseguido del nazismo, al sacerdote salido de las catacumbas, al obispo y cardenal artífice de la libertad de Polonia; a aquel del “No tengáis miedo” cuando se encontró por primera vez con su pueblo; al de la filial letra M de María en su escudo. Recordemos también al Vicario de Cristo, que a solo tres meses ya estaba visitando América Latina, que al año estaba en las Naciones Unidas y mostraba al mundo su inquebrantable celo por la humanidad; al que se pone atuendos y sombreros en cada país visitado, al que predica en el idioma o dialecto del lugar; al cercano, al solemne, al piadoso y al enérgico, al conciliador, al dulce, al que escucha; al que ha viajado más de cien veces al exterior para visitar a su Pueblo dejando mensajes, fotos, cantos en su honor, estadios y plazas perennizadas, así como líneas a seguir que han influido hasta en las políticas de los países.

Hay una gratitud especial de los peruanos hacia quien visitó nuestro país dos veces, al que se iba, pero se quedaba; al que nos legó una beata, varios siervos de Dios y venerables santos; al que envía dinero para nuestras muchas necesidades, al que nos consagró a la Virgen María su Madre y que la distinguió ante el mundo con la Rosa de Oro, coronándola también en varias ciudades del país, y a quien, lleno de celo por los suyos y unido a las esperanzas de miles de jóvenes reunidos con él en Monterrico, dejó claro que era, porque así lo necesitábamos, el Peregrino de la Evangelización.

1. La visita de 1985

Este primer viaje de Su Santidad Juan Pablo II al Perú se realizó del 1 al 5 de febrero de 1985 y abarcó las ciudades de Lima, Arequipa, Cusco, Ayacucho, Callao, Piura, Trujillo e Iquitos.

Pasaría un corto periodo de tiempo y recibiríamos la buena noticia de que el nuevo Papa vendría a hacer de lo lejano algo más cercano, a acompañar a su pueblo en el dolor y a darle esperanza; era como hacer vida aquellas palabras dichas por Yavé a Moisés: “He escuchado el clamor de mi pueblo”. Vino porque necesitábamos sentirnos amados por Dios. Vino... Y el Perú ya no fue igual.

En el saludo que nos envió desde Roma, en la víspera de su viaje, mientras la preocupación se centraba en algunos casos en el mapa de sus desplazamientos y la seguridad necesaria, él se encargaba de anunciar su más importante itinerario: “Pido a Dios que estas jornadas sean de provecho para consolidar su fe y para renovar su decidido compromiso de vida cristiana”. Quedaba claro que, a través de esa visión del hombre y de la Iglesia, pediría a los peruanos una respuesta concreta frente al momento que vivíamos: “Emprendo este viaje pensando en todos y con intención de dirigirme a todos sin distinción”.

1.1. Lima, Aeropuerto Jorge Chávez, 1 de febrero de 1985: Al pisar y besar tierra peruana

Tan solo bastaron segundos y gestos auténticos al llegar para que el Papa demostrara que su mandato era de servicio y si había cruzado hasta nuestro continente y a nuestro país era para realizar aquellas jornadas ya previstas y confirmadas, ensayadas y decoradas, pero que principalmente serían de trabajo, de escucha y de obediencia a quien nos traía la voluntad de Dios para los siguientes años.

En este momento histórico, es necesaria una creciente solidaridad entre todos vosotros y un nuevo descubrimiento de vuestras raíces humanas y religiosas; para crear nuevas fuerzas de justicia a todos los niveles, para

superar las funestas tentaciones de los materialismos, para dar a cada peruano una dignidad renovada que lo haga libre en su interior y bien consciente de su destino ante Dios, ante sí mismo y ante la sociedad

Ahí entra el gran papel de las fuerzas interiores, ahí se coloca la importante función de la fe, para cambiar desde adentro a las personas y, mediante ellas, la sociedad y la historia. Corría el año 1985 y el Papa, al pisar y besar suelo peruano y después de escuchar a la autoridad nacional que sufría por la coyuntura, nos plantearía un plan de vida para evitar nuevos escenarios como los que vivía el país, visualizando de este modo al peruano del siglo XXI, casi exigiéndonos “la construcción urgente de un hombre latinoamericano y peruano más recio en su fe, más justo, más solidario, más respetuoso del derecho ajeno al defender y reivindicar al propio”.

1.2. Lima, Plaza de Armas, 1 de febrero de 1985: Las fuerzas vivas de la Iglesia

Teniendo como escenario a la Plaza de Armas de Lima y como soporte posterior a la muy antigua y pétrea Catedral de Lima, el Peregrino de la Evangelización se alzó ante todos los presentes, sacerdotes, religiosos, jóvenes en formación sacerdotal y religiosa, así como laicos, para invocarlos a una irrenunciable tarea de convertirse a la unidad y al pastoreo del sucesor de Pedro, a vivir una permanente amistad con Cristo. Esto fue contundente para quienes desde su ubicación pugnaban por situarse mejor y ser alcanzados por la mirada de Juan Pablo II.

Conociendo la existencia de visiones evangélicas distantes del Magisterio, nos llamó a la unidad eclesial, nos pidió fidelidad, nos pidió que evitáramos “Todo lo que hiciera pensar que existe en la Iglesia una doble jerarquía o doble magisterio[...]”, comprometiéndonos a ser “portadores de certezas de fe y no de incertidumbres”.

Con su blanca vestidura, símbolo de paz, Juan Pablo II tomó en cuenta que tenía ante él a un grupo de cristianos cuyas vidas estaban amenazadas en casi todos los lugares donde actuaba el terrorismo. Y con deseos de estar en su lugar, si llegaba un momento así, les recordó que la vida santa del cristiano los

llevaría, si fuera necesario, a la prueba máxima de amor a los demás como es dar la vida.

1.3. Lima, Hipódromo de Monterrico, 2 de febrero de 1985: Un código de vida cristiana

Una revista advertía que ni en los más multitudinarios conciertos de rock se habían congregado tantos jóvenes peruanos, que en un número aproximado a un millón cruzaron miradas con aquel padre de todos, que parecía dispuesto a decirle algo a cada uno de los presentes.

El Papa escogió el Sermón de la Montaña, quizás sin imaginar que tendría tal multitud ante él, como aquella multitud ante la que Jesús impregnara por primera vez estas enseñanzas. Pero lo que sí traía como certeza era que los jóvenes peruanos, aunque los uniera un sentimiento, una patria y una fe, vivían aquella diversidad excluyente que da o no el acceso a la educación, a la salud y a la alimentación. Por eso, al hablar de las bienaventuranzas, quiso mirar los diversos corazones allí presentes en búsqueda de sentido, a fin de darles un programa de vida que se centraba en que eran amados de Dios.

Por eso yo, *Peregrino de la evangelización*, siento el deber de proclamar esta tarde ante vosotros, jóvenes del Perú que sólo en Cristo está la respuesta a las ansias más profundas de vuestro corazón, a la plenitud de todas vuestras aspiraciones; sólo en el Evangelio de las Bienaventuranzas encontraréis el sentido de la vida y la luz plena sobre la dignidad y el misterio del hombre.

Todos salieron de allí, luego de pasadas muchas horas en que estuvieron de pie y bajo un sol insistente, reafirmados en su fe y con el deseo de vivir con un espíritu más pobre, dado que Juan Pablo II les había ofrecido una ruta a todos los jóvenes sin excepción para hacer un Perú más justo:

Así, pues, pobres de espíritu son aquellos que careciendo de bienes terrenales, saben vivir con dignidad humana los valores de una pobreza espiritual rica de Dios; y aquellos, que poseyendo los bienes materiales, viven el desprendimiento interior y la comunicación de bienes con los que sufren necesidad.

Conociendo que los jóvenes son ciudadanos de la civilización del amor, Juan Pablo II consagró la juventud peruana a la madre amorosa, a la Santísima Virgen:

Alcánzanos la gracia de que nuestra vida no sea vacía, sino que logre ser, en el estado de vida que Dios quiera para cada uno de nosotros, un testimonio vivo, un aliciente para que los hombres se acerquen y encuentren la acción transformadora de Dios.

1.4. Arequipa, campus de la Universidad San Agustín, 2 de febrero de 1985: Hija elegida

En la literatura popular se sostiene con mucha convicción que los santos son especiales amigos de Dios. El Papa quiso que tuviéramos tal certeza cuando vio con buenos ojos que otra peruana fuera elevada a los altares para la devoción mundial. En el caso de sor Ana de los Angeles Monteagudo, hoy beata proclamada por Juan Pablo II en Arequipa, la amistad fue un hecho, porque como religiosa de clausura vivía en constante diálogo con Dios.

Con el relato de los méritos de la Beata Ana, Juan Pablo II indicó claramente los caminos para los peruanos que quisieran ser amigos de Dios, porque como dijo él mismo: “La santidad del hombre es obra de Dios”.

Fueron las siguientes palabras con las que se declaró devoto y se llevó la certeza de que en el Perú sí pueden haber modelos de virtud, al igual que la religiosa del siglo XVII:

Todos encontramos en ella un amor verdadero. Los pobres y humildes hallaron acogida eficaz; los ricos, comprensión que no escatimaba la exigencia de conversión; los pastores encontraron oración y consejo; los enfermos, alivio; los tristes, consuelo; los viajeros, hospitalidad; los perseguidos, perdón; los moribundos, la oración ardiente.

Como Papa mariano, rindió homenaje a la Virgen de Chapi depositando la corona pontificia en su imagen.

1.5. Cusco, fortaleza de Sacsayhuamán, 3 de febrero de 1985: A los campesinos: solidaridad entre el campo y la ciudad

El Papa, el hombre de campo de Wadowice, Polonia, habla a los campesinos removiéndolos como sembrador las ancestrales “semillas del verbo” en medio de una impresionante fortaleza incaica.

Como en todos sus mensajes, el Peregrino de la Evangelización tomó como referencia un pasaje bíblico, en este caso del libro de Rut, y ante una verdadera necesidad de sustento pidió comida a unos campesinos. Bastaron segundos para que todos los presentes y los miles de televidentes en el país sintieran el llamado de Dios que interpelaba su corazón: “¡Dame de comer!”.

Antes de que alguno pensara que ese era un llamado a quienes tienen mayores recursos, el Papa se ocupó de hacerlos centrar su mirada en lo que hace al cristiano más humano: la solidaridad. Y estaba dispuesto a dejar una lección que no olvidaremos jamás y que hoy, ante el proceso de descentralización en nuestro país, nos sirve para confirmar que hicimos bien en iniciarla.

Apoiado por lo eterno de las piedras de Sacsayhuamán y citando la colaboración mutua en su edificación, hizo un llamado a construir una patria grande y fraterna, con justicia entre el poblador del campo y el habitante de la ciudad, con equilibrio entre el crecimiento técnico e industrial y la necesaria atención de las autoridades, para que adopten reformas en lo concerniente a la propiedad y su explotación.

Ante este llamado de justicia distributiva entre los hombres de la ciudad y los cultivadores de la tierra, que no es más que, en sus palabras, un “humanismo cristiano”, el Vicario de Cristo identificó que gran parte de la situación de injusticia que se vive en las zonas más deprimidas del país tiene su raíz en el egoísmo, que en ese momento se modelaba en una violencia armada o en el narcotráfico.

Pero la sabiduría del Santo Padre nos hizo ver más allá; añadió a las causas de la pobreza la práctica del soborno y la corrupción a nivel estatal y privado, así como el fraude y la evasión de impuestos. Ante estas raíces de “egoísmo insolidario”, como bien lo llamó, comprometió a los peruanos en la causa de los pobres y de su promoción, dejando una ruta para alcanzar este cometido:

También el alma, como la tierra buena, necesita un cuidado vigilante para dar fruto. Hay que acoger en ella la semilla de la Palabra de Dios, enseñada por la Iglesia; hay que regarla frecuentemente con los sacramentos que nos infunden la gracia; hay que abonarla con el esfuerzo por practicar las virtudes cristianas; hay que quitar las malas hierbas de las pasiones desviadas; y hay que compartir sus frutos por el buen ejemplo y la propagación de la fe.

Como padre universal, no quiso dejar de resaltar la dignidad del pueblo quechua y de la condición de campesinos de los allí presentes, por lo que al hablarles en quechua o al hacer resonar el *ama sua, ama llulla, ama quella* fortalecía la cultura andina construyendo al hombre nuevo sobre bases morales milenarias.

1.6. Ayacucho, Aeropuerto, 3 de febrero de 1985: Cambiar de camino: sobre la violencia en la sierra peruana

La decisión del Papa por desterrar del corazón del hombre el odio y la maldad lo llevó a arriesgar nuevamente su vida por las ovejas al viajar a Ayacucho, donde muchos estaban tan necesitados de una palabra de aliento y de una reafirmación de que solo la promoción humana, la justicia y el desarrollo son un camino eficaz hacia la paz.

Conocedor profundo de las luchas y reivindicaciones sociales, de las que él mismo ha participado en su tierra natal, traía en su mensaje la convicción de que solo el amor y el esfuerzo personal constructivo podían llegar al fondo de los problemas.

Las armas se acallaron mientras duró su visita en esta tierra devota y religiosa, pero altamente probada en el dolor: dejó una paz que solamente él sabe llevar a los pueblos, y quiso decirles a las autoridades políticas y militares, a los huérfanos y a la viudas, y a los pastores de este pueblo sufriente que perdonen y que enseñen a perdonar, apostando siempre por los medios noviolentos, sin perder la esperanza de vencer el mal con el bien.

Con esa fe inmensa que lo caracteriza, Juan Pablo II pidió a los terroristas que dejen de destruir la vida de sus hermanos: “¡Cambien de camino!”, esta fue la voz profética que retumbó en todos aquellos lugares donde se

desarrollaba la agresión terrorista, invocando a dar respuesta a muchas lágrimas de víctimas inocentes.

Queridos hermanos, quiero concluir este encuentro con un llamado a la esperanza. No os dejéis abatir por el dolor que pesa sobre vuestras vidas. No olvidéis la constante capacidad de conversión a Dios del corazón humano. No perdáis la esperanza y el propósito de vencer el mal con el bien.

1.7. Lima, Hipódromo de Monterrico, 3 de febrero de 1985: A la familia y los nuevos sacerdotes

Al regresar el Papa a Monterrico a celebrar una Eucaristía, muchos de los presentes hicieron un paralelo con la semilla que da fruto. Días atrás, había estado con los jóvenes y ahora tenía ante él a miles de familias y a un grupo de hombres consagrados que ingresarían al sacerdocio. Se escenificaban así los caminos de la vocación al amor: la familia y la vida consagrada, y los caminos de la persona y de la sociedad: que los jóvenes, inflamados del espíritu digan sí a la vida, sí a la familia, sí al llamado de Dios en una vocación específica, nacida del seno de la “iglesia doméstica”, como volvió a llamar aquí a las familias cristianas.

A los sacerdotes, les recomendó la figura del gran evangelizador de Lima, el venerable jesuita Francisco del Castillo, y les encomendó las múltiples necesidades del pueblo peruano, invitándolos a ser colaboradores fieles y generosos de sus Obispos.

Ha sido parte del motivo por el que estamos muchos aquí, el haber escuchado retumbar en nuestros corazones el llamado de Juan Pablo II, defensor de los inocentes, cuando nos dijo:

El cristiano ha de defender con toda el alma el amor indisoluble en el matrimonio, la protección de la vida humana, aún de la todavía no nacida y la estabilidad de la familia que favorece la educación equilibrada de los hijos al amparo del amor paterno y materno, que se complementan mutuamente.

1.8. Callao, Óvalo Bolívar, 4 de febrero de 1985: A los enfermos: he vivido lo mismo

Identificado con quienes miraba, aunque algunos no lo podían mirar o no podían escucharlo, con quienes se entusiasmaban, pero no podían aplaudirlo ni cantarle, el Papa evocaría sus días de postración como consecuencia de ataques a su misión y nos recordaría el valor que para el cristiano tiene el sufrimiento.

Toda enfermedad grave suele pasar por momentos de desaliento radical, en los que surge la pregunta del porqué de la vida, precisamente porque nos sentimos desarraigados de ella. En estos momentos, la presencia silenciosa y orante de los amigos nos ayuda eficazmente. Pero en última instancia sólo el encuentro con Dios será capaz de decir a lo más herido de nuestro corazón la palabra misteriosa y esperanzadora.

“Señor, tu amigo está enfermo” son las palabras evangélicas que impulsaron al Pastor Universal a llevar aliento a espíritus tan afectados como son los enfermos y los ancianos, uniéndose a ellos y pidiendo a Dios la salud, la alegría y la paz, invitándolos a unirse a Cristo en su sufrimiento, en su soledad y en su incompreensión.

1.9. Piura, Aeropuerto, 4 de febrero de 1985: La obra evangelizadora de la Iglesia

El Santo Padre escogió una ciudad como Piura, aún dolida por la devastación natural de las lluvias, debido a que en dicha región del norte llegó la buena noticia a nuestro pueblo y fue allí donde se estableció la primera villa cristiana. Afirmó que la obra evangelizadora de la Iglesia tiene que hacerse con el máximo esfuerzo, como el caso de los primeros evangelizadores, a quienes hizo un homenaje por su heroicidad. Esta evangelización, nos dijo, “tiene estrechos lazos con la promoción humana [...] y presenta también la urgencia de promover integralmente la dignidad del hombre”.

Como hombre de cultura desde su tierna edad, con una visión del arte como vehículo de evangelización y promoción humana, que lo plasmaba en el teatro y la poesía, el Papa le dio una particular importancia a la evangelización de la cultura en nuestro país, a fin de que las leyes y las costumbres no le vuelvan la espalda al sentido trascendente del hombre.

Después de algunos días de permanecer entre nosotros y de ser cautivado e insertado en la devoción del pueblo peruano, señaló la piedad popular, aquella “nacida del corazón del pueblo”, como un vehículo y lugar importante de la evangelización. Recordó todas nuestras devociones a la Cruz y las innumerables advocaciones marianas, muchas de las que han brotado de esta tierra. Condenó también aquellas visiones e interpretaciones confusas del Evangelio acomodadas por falsos profetas, quienes se inspiran en la moda o en visiones sociopolíticas.

1.10. Trujillo, Universidad Santo Tomás y Santa Rosa, 4 de febrero de 1985: A los trabajadores

En un pueblo especialmente trabajador, los ojos se fijaban en aquel Pontífice que en su ciudad natal había trabajado, y durante largo tiempo, en pos de una reivindicación pacífica de los sectores trabajadores que, como el pueblo peruano, esperaron por años la justicia y la libertad. Especial alegría sintieron los pescadores de Chimbote, quienes supieron su deseo de visitarlos y a quienes llamó privilegiados por ejercer el mismo oficio que los apóstoles.

De este modo, la predisposición del Papa hacia estar cerca de los “injustamente tratados” lo llevaría a pedir ante el Perú y el mundo una afirmación de la dignidad inviolable del trabajador a conservar su trabajo y a tenerlo si careciera del mismo. Un salario justo, unas condiciones favorables para trabajar, una capacitación, y las prestaciones sociales que aseguren la vida y la salud del trabajador y su familia se convirtieron en una nueva demanda de este padre de todos que iba calando ya hasta en las políticas de Estado y en las prioridades de los empresarios, a los que invocó para que le den una función social a la empresa.

1.11. Lima, Villa el Salvador, 5 de febrero de 1985: Hambre de dios, sí; hambre de pan, no

Cuentan que al dirigirse Juan Pablo II al siguiente encuentro en los arenales de Villa El Salvador miraba el paisaje desértico y al no contemplar chimeneas ni fábricas preguntó a su acompañante: “¿En qué trabajan estos pobladores?”. Era la constatación de los rasgos sufrientes de Cristo, tal como señaló el documento de Puebla y como el Papa citara oportunamente en este discurso.

Este primer acercamiento con la pobreza extrema de nuestro país hizo que el Sucesor de Pedro guardara al final de su discurso aquellas palabras tan bellas: “Yo deseo que no sean hambrientos del pan de cada día, que sean hambrientos de Dios”, que al ser improvisadas estaban revestidas de su amor profundo por el pobre; además, como abogado de estos y de los desvalidos, invocó a las autoridades y a los que disponen de recursos abundantes a mejorar las condiciones de vida de los desheredados.

A sus pobres, a los que no tienen familia que los asista, a los ancianos, a los que no encuentran trabajo, a los encarcelados que quieren cambiar de vida y a todos los que son víctimas de egoísmos humanos, les recordó que “la fibra moral de las personas, de las familias, de la comunidad, es condición fundamental para ser fuertes y ricos en humanidad, capaces de enfrentar las dificultades de la vida y abrir caminos de superación”.

1.12. Iquitos, Aeropuerto, 5 de febrero de 1985: A los nativos

Parecía que el Papa fuera despidiéndose del Perú en sus encuentros con las zonas más pobres y olvidadas de nuestro territorio. Contó él mismo, en sus palabras improvisadas del final, que había dicho a los organizadores: “Sin Selva, nada”. Es así que en medio de la selva, siempre exuberante y unida entre sí por largos ríos, el Vicario de Cristo se dirigió a los 250 mil nativos que en ese entonces poblaban la Amazonía peruana, llamando por su nombre a cada uno de los grupos étnicos y recordándoles que todos tenemos el mismo padre y el mismo Dios.

Lo sintieron cercano cuando les dijo que defiendan sus bosques, sus tierras y su cultura, pero sin cerrarse a los demás, sintiéndose hermanos entre los

hermanos, diciendo no a todo lo que los aparte de Dios y sí al Creador. Lo amaron más y quizás comprendieron mejor la fuerza del Evangelio, cuando advirtió a los colonos que el derecho a la tierra tiene un límite y pidió “ a los gobernantes, en nombre de su dignidad, una legislación eficaz, que los ampare eficazmente de los abusos y les proporcione el ambiente y los medios necesarios para su normal desarrollo”.

Los misioneros, continuadores de los primeros evangelizadores del Oriente peruano, se sintieron especialmente reconfortados con el reconocimiento y gratitud del Papa por su abnegado trabajo, dándoles un derrotero para el trabajo inculturado del Evangelio al asegurarles que “el Papa se siente *charapa*”.

2. La visita de 1988

El segundo viaje del Papa Juan Pablo II a nuestro país se realizó del 14 al 16 de mayo de 1988 y se desarrolló solo en la ciudad de Lima, donde clausuró el V Congreso Eucarístico y Mariano de los Países Bolivarianos.

2.1. Lima, Aeropuerto Jorge Chávez, 14 de mayo del 1988: Visita breve e intensa en el afecto

Recién habían pasado tres años y el Peregrino de la Evangelización quiso estar nuevamente con nosotros. El acontecimiento del V Congreso Eucarístico y Mariano de los Países Bolivarianos convertía nuevamente al Perú en el centro de la vida de la Iglesia en América del Sur.

Con el recuerdo aún fresco de su visita anterior, este nuevo paso del Papa le permitiría sembrar en un campo que dejó muy bien abonado.

Vengo a celebrar con vosotros el misterio pascual de Jesucristo para insertarlo más profundamente en la vida y en la historia de este pueblo, que muestra un hambre insaciable de Dios, hambre de pan, hambre de paz y de justicia.

Aunque sabía que su presencia entre nosotros sería breve en el tiempo, venía dispuesto a que fuera “intensa en el afecto y en la comunión”.

2.2. Lima, Catedral, 14 de mayo 1988: Público, testimonio de fe cristiana

Como en la anterior visita, el Papa reservó su primera parada para encontrarse con sacerdotes y religiosas; añadió en esta oportunidad un mensaje de reconocimiento a la tarea de los diáconos permanentes y un llamado a los seminaristas, a quienes reconoció como los “sacerdotes del tercer milenio de la cristiandad”.

Con el énfasis que impregnaría su segunda visita, fue explícito en recomendar a los sacerdotes, reunidos ahora al interior de la Catedral de Lima, que “la identificación con Cristo, que culmina en la Eucaristía, debe prolongarse y desplegarse a lo largo de cada jornada hasta conseguir que toda la vida del sacerdote sea una fiel imagen del Señor”.

A los religiosos, quienes recibieron su reconocimiento por el importante aporte en la Iglesia bolivariana de los pasados siglos, los comprometió a que “con su oración y su vida santa, con sus obras de asistencia y educación, hagan llegar a muchos el mensaje de Cristo”.

Acto seguido, el Vicario de Cristo consagraría el Perú a la Virgen de la Evangelización, “Madre de la Buena Nueva”.

2.3. Lima, Plaza de Armas, 14 de mayo de 1988: Un espíritu renovado para la misión

Recién terminada una nueva versión de la muy antigua Misión de Lima, el Papa fue recibido por los misioneros laicos, que en un gran número llenaron la Plaza de Armas y acudieron en busca de la palabra de su Pastor, modelo de los misioneros.

A fin de complementar el entusiasmo que brota siempre de un corazón misionero, testigo de conversiones y adhesiones, no dejó de centrar tal tarea en que “nos nutrimos del Pan de Vida para llevar a Cristo a las diversas esferas de la existencia [...] a los mil compromisos evangélicos de la vida cotidiana”. Y cercano ya el quinto centenario de la evangelización de América, invitó a todos a “emprender con espíritu renovado el camino del Evangelio”.

2.3. Video cassette, 15 de mayo de 1988: A los reclusos: esperanza cristiana en medio de la noche

Como Sucesor de Pedro y como pilar de la Iglesia, el Papa preparó un mensaje grabado que fue visto y reflexionado en todos los centros penitenciarios del país. Este pastor, que se va, pero se queda, que quisiera estar y abrazar a todos, tuvo el tiempo de dirigir unas palabras de esperanza, de llamada a la conversión y, como no podía ser de otra manera, “agradecer vivamente su sincero testimonio de adhesión, así como el delicado y artístico regalo que me presentaron, fruto del trabajo de sus manos”.

Cercano siempre, se hizo uno de ellos al compartir la dureza de la situación de los internos en todos los departamentos del país, su impaciencia, la larga espera del dictamen judicial y la lejanía de sus seres queridos, consolándolos con la posibilidad de ser personas de oración y capaces de hacer el bien para reinsertarse nuevamente a la vida social.

El apoyo y aliento a los agentes pastorales y trabajadores penitenciarios en su tarea diaria de mantener encendida la fe y la esperanza cristianas entre los internos hicieron más viva la enseñanza evangélica de que “Lo que a ellos hiciste, a Mí me lo hiciste, lo que a ellos dejaste de hacer, a Mí dejaste de hacerlo. Fui yo quien estuve en la cárcel y me visitaste” (Mt 25,40).

2.4. Campo Eucarístico, San Miguel, 15 de mayo de 1988: Clausura del Congreso Eucarístico y Mariano de los Países Bolivarianos

Nuevamente, un acontecimiento altamente eclesial que había congregado a jerarquía y fieles de cinco países de la Región tenía como centro a Jesús-Eucaristía. Su profundo amor al Misterio llevaba al Papa a compartir con los presentes (quienes guardaron el silencio más devocional que se haya conocido y que fuera resaltado por el mismo Santo Padre) su experiencia de Dios-Eucaristía como el Dios-cercano, el que nos espera y ha querido permanecer con nosotros. “¡Qué fácil resulta estar junto a Él, adorando al Amor de los Amores!”, exclamó con profunda fe.

Como Peregrino de la Evangelización, exhortó a la Iglesia bolivariana a predicar la Buena Nueva como los mismos Apóstoles, hasta los confines de la tierra, recordándoles que la Eucaristía que se celebraba era “sacramento de la misión, del envío”.

Encomendó esta tarea a la Madre de Dios, Madre la Iglesia, a quien invocó en el *Regina Coeli* como Madre del divino consejo, de la palabra de aliento, de la fuerza espiritual que tanto necesitamos, y nos mostró su maternal invitación: “A seguir con fervor en pos de Aquel que nos indica el camino para ir al cielo”.

2.5. Sede de la Conferencia Episcopal Peruana, 15 de mayo de 1988: Al Episcopado peruano

El Episcopado peruano, conformado por miembros provenientes de muy distintas realidades geográficas, culturales y sociales, se congregó para escuchar la voz de su Pastor, quien había visitado algunas de las más importantes ciudades del país, donde dejó entre los fieles una esperanza cristiana auténtica.

Juan Pablo II les hizo sentir que conocía los desafíos y dificultades del trabajo apostólico que desempeñaban y los acompañó en ellos invitándolos a realizar una evangelización renovada que exigía mayor unidad.

Se alegró con ellos por el florecimiento de vocaciones en el país y les encomendó el cuidado de estas y de los seminarios, como si fueran “las pupilas de sus ojos”. También los llamó a edificar una Iglesia donde el cristiano asuma en conciencia sus deberes cívicos, respetando los derechos de los demás, buscando por encima de todo los bienes superiores de la paz y de la justicia.

Los Obispos recibieron la tarea de fortalecer la familia y de procurar que los fieles cristianos tengan un mayor acceso a los sacramentos, fuente del seguimiento de Cristo.

2.6. Encuentro con las religiosas, 15 de mayo de 1988: Consagración exclusiva a Jesucristo

Podían apreciarse los colores de los hábitos y las nacionalidades de origen del sinnúmero de religiosas que trabajan en todos los lugares de nuestros país,

llevando también la diversidad de su carisma. El Papa se sentía especialmente gozoso de encontrarse con ellas; las hizo reír e hizo sentir que ese corazón alegre y ese espíritu exultante que demostraron con su Santo Padre era el que requería el mundo de hoy como “¡Signos vivientes del Reino y anuncio de la novedad de vida en Cristo!”, los que pueden brotar también del seno de las familias cristianas.

Las presentes pudieron recorrer, a modo de recuento y, también, de recuerdo, el centro de misión ya dejado, a través del reconocimiento del Papa, por las múltiples obras apostólicas de educación y asistencia que realizan las congregaciones religiosas con niños, jóvenes, ancianos y desvalidos, llevando la Palabra de Dios por los extensos parajes de nuestra geografía, comprometiéndolas aun más a ser “signo de las bienaventuranzas evangélicas”.

Algunas religiosas de vida contemplativa o de clausura, como todavía se les llama, que habían obtenido un permiso especial para estar con el Vicario de Cristo, volvieron a su silencio para contemplar y agradecer aquellas palabras que confirmaban su vocación y sostenían su labor: “Sois un verdadero tesoro de vida eclesial a la vez que un eficaz instrumento de apostolado”.

2.7. Seminario de Santo Toribio, 15 de mayo de 1988: Cultura y empresa: conductores del desarrollo

Un grupo muy significativo en la sociedad peruana fue el de los que habían mostrado un especial interés en reunirse con el Papa y escuchar una palabra de lucidez sobre su papel en la sociedad y en la Iglesia. En esta última, Juan Pablo II ha considerado siempre a la cultura como “tema central en la vida del hombre y de la Iglesia”, y a la empresa, como contribución al desarrollo económico de una “cultura verdaderamente humana orientada hacia Dios”. Ambos, Iglesia y sociedad, son elementos fundamentales para que los peruanos vivan conforme a su dignidad de personas en lo material y en lo espiritual.

Intelectuales creyentes y agnósticos, empresarios liberales y conservadores, además de algunos teóricos latinoamericanos allí presentes se sintieron interpelados cuando aquel también filósofo polaco advirtió sobre

ideologías extrañas, algunas de corte individualista y otras de inspiración colectivista, que están lejos de la visión cristiana de la solidaridad y que en palabras del Papa deben mantenerse “por encima de las distintas ideologías para optar solo por el hombre desde el mensaje liberador cristiano”.

El interés de la Iglesia es evangelizar la cultura teniendo como centro a la persona y el sentido de su existencia, entendida por el Papa como aquella que alcanza a todo el hombre y a sus manifestaciones, hasta llegar a la raíz misma de su ser, con el objetivo de restablecer el alterado equilibrio de valores y buscar la Verdad sin cesar.

Invocó a los empresarios a cambiar aquellas actitudes que les exige su fe y que les propone la enseñanza social de la Iglesia con el fin de “impregnar las realidades de la vida laboral y en general de toda la economía, con los ideales evangélicos”.

En este escenario de especialistas y pensadores, el Papa no quiso dejar de advertir lo que sería el punto de inicio de una gran campaña mundial, liderada por él mismo, que pedía a las naciones desarrolladas una solución al problema de la deuda internacional bajo la luz de una ética de la solidaridad entre las naciones o lo que llamó “una economía solidaria”, que tanto ha despertado la conciencia del mundo hoy en día.

2.8. Saludos a los jóvenes, 15 de mayo de 1988

Evocando el multitudinario encuentro de Monterrico en 1985, el Papa se reservó un momento para estar con quienes llamó “¡Los constructores de un mundo mejor, desde hoy!”, sus “queridos jóvenes”, a quienes comprometió a anunciar a Cristo en sus ambientes juveniles.

Como buen padre con sus hijos, les advirtió sobre las amenazas del mundo actual —aun para los espíritus más fuertes—, tales como las drogas, el alcohol, la violencia y el desprecio por la vida humana. Ante este diagnóstico de la falta de respeto a los valores morales, los miró y con la confianza de siempre les dijo: “¡Jóvenes peruanos! ¡Cristo, su mensaje de amor, es la respuesta a los males de nuestro tiempo! [...] ¡Jóvenes del Perú! ¡En vosotros pongo mi confianza!”.

Conclusión

El Papa Juan Pablo II, el Pontífice de los 25 años pastoreando, ha escrito para sus hijos 14 encíclicas y decenas de exhortaciones pastorales y mensajes; cartas a los niños, a la mujer y a las familias, a los ancianos y a los artistas; ha sido el anfitrión de renovadores sínodos de obispos y encuentros ecuménicos, el Papa del nuevo Código de Derecho Canónico, del actual Catecismo, de la catequesis de los miércoles, del disco compacto con sus canciones y oraciones, y de un best-seller.

Este Sucesor de Pedro es amigo de Oriente y Occidente; el que llama tercamente a la conciliación en medio de las guerras y hace fuerte su voz en contra del racismo, de la violencia y de las desigualdades; el que reclama paz con su mensaje y con su vestido.

Nos edifica ver en actividad al Siervo de los Siervos de Dios, al afectado por la enfermedad; aquel del atentado de 1981, de las amenazas de muerte y de los complotos en sus visitas; al criticado continuamente por su posición a favor de la familia y la defensa de la vida.

Hoy recordamos al Santo Padre de las muchas beatificaciones y canonizaciones, al que pidió perdón por lo pasado y que reivindicó a Galileo, al ecologista, al de la Academia Pontificia para la Vida, al de la Fundación por los pueblos más empobrecidos, al limosnero, al que llevó a la humanidad de la mano hacia el tercer milenio e invitó a los cristianos a “remar mar adentro” por la mejora del mundo.

Peruanos y peruanas todos, de las ciudades y de los pueblos, de la costa, de la sierra y de la selva: en esta hora de vuestra historia os exhorto a permanecer fieles a su fe católica y a dar testimonio de ella en su vida individual, familiar y social.

No es éste el momento para indecisiones, ausencias o faltas de compromiso. Es la hora de los audaces, de los que tienen esperanza, de los que aspiran a vivir en plenitud el Evangelio y de los que quieren realizarlo en el mundo actual y en la historia que se avecina.

Que la Virgen María, tan venerada en toda la Nación, nos alcance en estos días abundancia de luz y gracia. Y que el Señor de los Milagros aumente en cada peruano la fe, la unión, la fraternidad. Con gran confianza, bendigo desde ahora a cada hijo del Perú.

Muchas gracias, Santo Padre.

MENSAJES PONTIFICIOS AL PERÚ PRONUNCIADOS EN LIMA

1. Primera visita del Papa al Perú (1985)

- Mensaje a su llegada al Perú (1 de febrero).
- Mensaje al clero, religiosas y agentes de pastoral (1 de febrero).
- Mensaje a la juventud (2 de febrero).
- Mensaje a los obispos del Perú (2 de febrero).
- Mensaje a la familia con ordenaciones (3 de febrero).
- Mensaje al cuerpo diplomático. (3 de febrero).
- Mensaje de despedida (5 de febrero).

2. Segunda visita del Papa al Perú (1988)

- Mensaje a su arribo al Perú (14 de mayo).
- Mensaje a los sacerdotes y seminaristas (14 de mayo).
- Acto de consagración a la Virgen de la Evangelización (14 de mayo).
- Encuentro con los misioneros laicos.(14 de mayo).
- Mensaje a los reclusos (15 de mayo).
- Homilía durante la misa de clausura del V Congreso Eucarístico y Mariano de los países bolivarianos (15 de mayo).
- *Regina coeli* (15 de mayo).
- Mensaje a los Obispos del Perú (15 de mayo).
- Mensaje a las integrantes de los institutos femeninos de vida consagrada (15 de mayo).
- Mensaje al mundo de la cultura y a los empresarios (15 de mayo).
- Mensaje a los jóvenes.(15 de mayo).
- Mensaje de despedida.(16 de mayo).

Queridos hermanos en Cristo Jesús:

HOMILÍA DE MONSEÑOR RINO PASSIGATO EN EL DÍA DEL PAPA (DOMINGO 29 DE JUNIO DE 2003)

**“JUAN PABLO II PROCLAMA A CRISTO
COMO CENTRO DEL COSMOS Y DE LA HISTORIA”**

Hoy hacemos memoria de los apóstoles Pedro y Pablo, columnas de la Iglesia en sus inicios y fundamentos de la tradición apostólica de la fe cristiana. Y recordamos tanto la santidad de Pedro, apóstol de los judíos, como la de Pablo, apóstol de los gentiles.

Originariamente, Pedro, que antes se llamaba Simón, fue un sencillo pescador de Galilea; mientras que Pablo, llamado también Saulo, fue un docto fariseo de Tarso. Ambos judíos, apasionados y de recia personalidad, al ser tocados por Cristo se convirtieron en dos enamorados de él, hasta llegar al martirio en Roma, entre los años 64 y 67. Ambos, por caminos diversos, congregaron a la única Iglesia de Cristo en la tierra.

En el evangelio de San Mateo que acabamos de escuchar, se unen la confesión de fe y el primado de Pedro; es un texto clásico, porque todos recordamos las respuestas de Pedro a las preguntas de Jesús, sobre todo a la última, que le interrogaba así: “¿Y vosotros, quién decís que soy yo?”. Y Pedro le respondió a Jesús: “Tú eres el Mesías, el hijo de Dios vivo”.

Desde entonces, Pedro ha constituido la piedra, la roca, el cimiento visible de la Iglesia por su profesión de fe y de amor. Por ello, además del evangelio de Mateo, debemos recordar el pasaje del evangelio de Juan, en el que después de su resurrección, Jesús le pregunta a Pedro: “¿me amas?”. Y Pedro, con profunda humildad y sinceridad le dijo: “Señor, tú conoces todo, sabes que te amo”.

1. Juan Pablo II, con el mismo ardor de Simón Pedro

Entonces Jesús lo hizo Pastor de la Iglesia universal y cabeza del Colegio apostólico con esa frase: “Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas”. Hoy celebramos el Día del Papa, sucesor de Pedro, y este año queremos celebrarlo con un énfasis especial, por la circunstancia excepcional de ser el vigésimo quinto año del pontificado de Su Santidad Juan Pablo II, que constituye el cuarto pontificado más largo de la historia.

Hoy queremos imaginarnos que Juan Pablo II toma el lugar de Simón Pedro en las dos escenas relatadas por los evangelistas Mateo y Juan, y queremos imaginarnos que en nombre de los demás discípulos (obispos, sacerdotes, feligreses laicos del mundo entero) le contesta a Jesús, con el mismo ardor, la misma sinceridad y fe, con la misma humildad y amor, con la misma entrega total de Pedro, proclamando su amor a Dios en el mundo entero, desde la cátedra de San Pedro en Roma y desde los cinco continentes, en su imparables peregrinar.

En su profesión de fe y de amor, Juan Pablo II actualiza la fe infalible y la ardiente caridad de Pedro, cimienta la comunión del colegio episcopal y confirma a todos los bautizados en la misma fe de Cristo, Mesías, hijos de Dios vivo.

Juan Pablo II, como todos los sucesores de Pedro, ha sido constituido piedra, cimiento visible, cabeza y Pastor supremo de la única Iglesia de Cristo, por libre designio de Dios expresado en la elección efectuada por el Colegio de los Cardenales el 16 de octubre de 1978.

Por ello, hoy queremos conocer la profesión de fe de Juan Pablo II (recordando algunas de sus formulaciones más importantes, recogidas en la mina inagotable de su magisterio) para fortalecer nuestra fe y amor hacia Jesús, y para poder darle al Divino Maestro nuestra respuesta personal y comunitaria de fe y de amor.

2. Cristo, Redentor del hombre

Siendo imposible abarcar en una homilía el marco entero del pontificado de Juan Pablo II, y a fin de darle coherencia y unidad a mi exposición, me

remitiré a su primera encíclica, la *Redemptor hominis*, que considero no solo el documento programático de su pontificado, sino también su solemne profesión de fe como sucesor de Pedro.

La encíclica *Redemptor hominis* se abre con una síntesis poderosa de esa idea apostólica y pascual: el Redentor del hombre, Cristo, es el centro del cosmos y de la historia. Karol Wojtyła, convertido en sucesor de Pedro con el nombre de Juan Pablo II en homenaje a sus antecesores (Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo I), proclama a Cristo centro del cosmos y de la historia, porque el mismo Cristo ya es el centro de su universo personal y de su vida.

En el centro de todo su pensar, sentir y actuar como sacerdote, teólogo, filósofo, místico, poeta, humanista, siempre está Cristo. En el instante mismo de su elección, él tiene conciencia de la magnitud de su cargo, pero lo acepta por amor y obediencia a Cristo. Recordemos sus propias palabras:

“A Cristo Redentor he elevado mis sentimientos y mis pensamientos cuando después de la elección canónica me fue hecha la pregunta: ¿aceptas? Respondí entonces: En obediencia de fe a Cristo, mi Señor, confiando en la madre de Cristo y de la Iglesia, y no obstante las grandes dificultades, acepto”.

Y agrega: “Quiero hacer conocer públicamente mi respuesta a todos, sin excepción, para poner así de manifiesto que con esa verdad primordial y fundamental de la encarnación, está vinculado el ministerio, que con la aceptación de la elección a obispo de Roma y sucesor del apóstol de Pedro, se ha convertido en mi deber específico, en su misma catedral”.

3. Programa de su Ministerio Apostólico

Esta profesión de fe se convierte inmediatamente para Juan Pablo II, en el programa de su ministerio apostólico, en el cometido único e imprescindible para consagrar todas sus energías y las fuerzas vivas de la Iglesia a la orientación del espíritu, a la dirección del entendimiento hacia Cristo, Redentor del hombre, Redentor del mundo. A él queremos mirar, porque solo en él, hijo de Dios, hay salvación, renovando la afirmación de Pedro: “Señor, si no fuera así, ¿a quién diríamos tú tienes palabras de vida eterna?”.

A través de la conciencia de la Iglesia (y de todos los campos en que la Iglesia se expresa, se encuentra y se confirma), debemos tener

constantemente a aquel que es la cabeza, a aquel de quien todo procede y por quien oramos; aquel que es al mismo tiempo, el camino, la verdad, la resurrección y la vida; aquel que viéndolo nos muestra al Padre, aquel que debió irse de nosotros para que el Espíritu Santo venga a nosotros.

Juan Pablo II tiene claro que Cristo no ha venido solamente para la Iglesia, sino para todos los hombres, y les habla a todos. Les habla como hijo de Dios y les habla también como hombre, por ello, afirma que la Iglesia no cesa de escuchar sus palabras. Estas palabras son escuchadas también por los no cristianos, porque la vida de Cristo es, además, para los hombres que no están aún en condiciones de repetir con Pedro: “Tú eres el Mesías, el hijo de Dios vivo”.

El Papa Juan Pablo II se muestra verdaderamente como Vicario de Cristo, gran sacerdote de la humanidad entera, indicando a todos, sin excepción, el camino de la verdad, de la fidelidad, el amor como camino de salvación. Este camino es el mismo Cristo, incluso para quienes todavía no lo conocen.

Fiel discípulo y cumplidor del Concilio, Juan Pablo II puntualiza:

Cristo, Redentor del mundo, es aquel que ha penetrado de modo único e irrepetible en el misterio del hombre y ha entrado en su corazón. El hijo de Dios, en su encarnación, se ha unido en cierto modo con todo hombre, porque trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, amó con corazón de hombre. En el seno de la Virgen María se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado.

4. Cristo, nuestra reconciliación ante Dios Padre

Juan Pablo II nos habla de la dimensión divina y la dimensión humana del misterio de la redención, prueba del amor paterno e infinitamente misericordioso de Dios. Y nos recuerda: “Cristo, hijo de Dios vivo, se ha convertido en nuestra reconciliación ante Dios Padre, porque la cruz sobre el calvario —por medio de la cual Cristo deja este mundo— es una nueva manifestación de la eterna paternidad de Dios”.

Dios es amor, y el amor es más grande que el pecado, que la debilidad, es más fuerte que la muerte, es amor siempre dispuesto a aliviar y perdonar, siempre dispuesto a ir al encuentro con el hijo pródigo.

Esta revelación del amor, anota el Papa, es definida también con misericordia, y tal revelación del amor y de la misericordia tiene en la historia del hombre una forma cuyo nombre es Cristo; y este Cristo redentor, continúa diciendo Juan Pablo II, explicando la dimensión humana de la redención, nos revela que el hombre puede volver a encontrar la grandeza, la dignidad y el valor propios de su humanidad.

El hombre que quiere comprenderse hasta el fondo a sí mismo puede acercarse a Cristo con su inquietud, su incertidumbre, e incluso con su debilidad y pecaminosidad en su vida; por ello, debe entrar en Cristo con todo su ser, debe apropiarse y asimilar toda la realidad de la encarnación y de la redención para encontrarse a sí mismo.

Juan Pablo II concluye diciendo: “Qué dolor debe tener el hombre ante los ojos del Creador, si ha merecido tener tan gran redentor; qué dolor debe tener el hombre si Dios le ha tenido que dar a su hijo a fin que no muera, sino que tenga la vida eterna”.

La fe apostólica y pascual de Juan Pablo II es fe del misterio de Dios y es fe en el hombre, por eso, el cometido y el compromiso fundamental que él pide a la Iglesia es “orientar la conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo, ayudar a todos los hombres a tener familiaridad en la profundidad de la redención que se realiza en Cristo Jesús”.

A pesar de las dificultades y exposiciones que son parte del misterio de la cruz, Juan Pablo II llama a la Iglesia y todos sus miembros a entregarse con perseverancia a la gran misión de revelar a Cristo al mundo, a ayudar a todo hombre a que se encuentre a sí mismo en su palabra divina, a ayudar a las generaciones contemporáneas de nuestros hermanos, pueblos, naciones y la humanidad entera.

El Papa nos llama a todos a conocer las insondables riquezas de Cristo, porque estas son para todo hombre y constituyen el bien de cada uno.

Meditemos una frase: “Debemos creer en la orientación de fe”. Fe en Cristo y fe en el hombre que ha preocupado a Juan Pablo II en cada momento de su ministerio, como timonel de la barca de Pedro. Porque la Iglesia desea servir a este único fin, que todo hombre pueda encontrar a Cristo para que el Señor pueda recorrer en cada uno el camino de la vida, la fuerza de la verdad acerca del hombre y del mundo, contenido en el misterio de la encarnación y de la redención.

Por eso, la profesión de fe pascual de Juan Pablo II que reconoce en Jesús al Cristo (es decir el Mesías, salvador prometido y esperado, el hijo de Dios, encarnado, muerto y resucitado, vencedor del pecado y de la muerte) es inseparable de su fe en el hombre, en cada hombre histórico, creado a imagen y semejanza de Dios y llamado a participar en la vida de Dios.

El Papa cree profundamente y proclama con vigor que esta vida prometida y dada a cada hombre por el Padre es el final cumplimiento de la vocación del hombre, es el cumplimiento de la suerte que desde la eternidad, Dios le ha preparado. Si todo esto llega, aun con toda la riqueza de la vida temporal, por inevitable necesidad a la frontera de la muerte y la meta de la destrucción del cuerpo humano, Cristo se nos aparece más allá de esta meta, diciéndonos: “Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí no morirá para siempre”.

Hasta aquí hemos visto lo que he llamado la profesión de fe apostólica y pascual de Juan Pablo II integrada en su primera encíclica *Redemptor hominis*. Cada instante de su pontificado, que en cierto modo ha conocido su momento más destacado en el gran Jubileo de la Encarnación, ha sido una extensión de esa primera profesión de Pedro.

5. Aplicación para nuestras vidas

No puedo terminar sin tratar de resumir y sacar una aplicación práctica de esta doctrina, y dejaré que el mismo Juan Pablo II lo haga, leyendo la exhortación que él hizo a los jóvenes del mundo el 29 de junio de 1999 en preparación al Gran Jubileo:

Mirad a Jesús de Nazareth, es el salvador de todos, adorad a Cristo nuestro redentor, que nos rescata del pecado y de la muerte, porque es ese Dios vivo, fuente de la vida. Contemplad y reflexionad, porque Dios nos ha creado para compartir su misma vida, para ser sus hijos, miembros vivos del cuerpo místico de Cristo, templos luminosos del espíritu del amor. Nos llama a ser suyos, quiere que todos seamos santos.

Queridos hermanos, tenemos la santa misión de ser santos, como él es santo. Me preguntarán: ¿pero hoy es posible ser santos? Pues si solo contáramos con las fuerzas humanas, tal empresa sería imposible; de hecho,

sabéis qué cargas pesan sobre el hombre, cuántos peligros y amenazas contra él contienen sus pecados, pero debes saber que aunque el camino es duro, todo lo podemos en nuestro Redentor.

No os dirijáis a otros, sino buscad a Jesús, no busquéis en otro sitio solo lo que él puede daros, porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos, señala el Santo Padre.

Con Cristo, proyecto divino para cada bautizado, es posible salvarnos, creer en la fuerza invencible del evangelio y poner la fe como fundamento de nuestra esperanza. Cristo camina con nosotros, nos infunde valor con la fuerza de su espíritu, por ello no tengáis miedo de ser los santos del nuevo milenio, sed contemplativos y amantes de la oración, coherentes en nuestra fe y generosos en el servicio a los hermanos.

Para realizar este proyecto de vida, estad a la escucha de la palabra, sacad fuerza de los sacramentos, sobre todo de la eucaristía y de la penitencia, porque el Señor os quiere apóstoles de su Evangelio y constructores de la nueva humanidad.

6. María, guía del pontificado del papa Juan Pablo II

María, madre de la Iglesia, madre tierna y fuerte, estrella del pontificado de Juan Pablo II, guíalo y sostenlo en la sublime misión de confirmar en la fe y la caridad a los discípulos de tu hijo, grey y pastores.

Mantenlo firme en el cometido fundamental de anunciar la verdad del infinito amor de Cristo por el hombre; haz que bajo su guía segura e inspirada (en medio de un mundo lleno de contradicciones y pesimismo, dividido por tantos odios, injusticia, violencia y discordias) la Iglesia sea para todos fuente de armonía y esperanza, instrumento de justicia, solidaridad, fraternidad, amor y de paz.

LAS CATORCE ENCÍCLICAS DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

Cardenal Joseph Ratzinger

Sería absurdo pensar que se puede hablar, en el breve espacio de estas pocas páginas, sobre las catorce encíclicas de nuestro Santo Padre. Sería preciso examinar cada una detalladamente para poder comprender la estructura del conjunto y para captar sus temas centrales y la línea de su enseñanza. Solo se puede brindar una panorámica aproximada y superficial. La elección de los puntos que subrayamos es necesariamente unilateral y podría hacerse también de modo diverso. Además, una valoración conjunta debería incluir también los demás textos magisteriales del Papa, que a menudo son de gran trascendencia y pertenecen sin duda al conjunto de las afirmaciones doctrinales del Santo Padre.

Dicho esto, las encíclicas se deben dividir por grupos de temas afines. Conviene recordar, ante todo, el tríptico trinitario de los años 1979-1986 que abarca las encíclicas *Redemptor hominis*, *Dives in misericordia* y *Dominum et vivificantem*. A la década 1981-1991 pertenecen las tres encíclicas sociales: *Laborem exercens*, *Sollicitudo rei socialis* y *Centesimus annus*. Luego están las encíclicas que tratan temas de eclesiología: *Slavorum apostoli* (1985), *Redemptoris missio* (1990) y *Ut unum sint* (1995). En el ámbito eclesiológico, se puede situar también la última encíclica, hasta ahora, del Papa: *Ecclesia de Eucharistia* (2003), así como, en cierto sentido, la encíclica mariana *Redemptoris Mater* (1987).

Ya en su primera encíclica el Papa había unido íntimamente los temas de la madre Iglesia y de la Madre de la Iglesia, ensanchándolos al ámbito histórico-teológico y pneumatológico: “Suplico sobre todo a María, la celestial Madre de la Iglesia, que se digne, en esta oración del nuevo Adviento de la humanidad, perseverar con nosotros que formamos la Iglesia, es decir, el Cuerpo místico de su Hijo unigénito. Espero que, gracias a esta oración, podamos recibir al Espíritu Santo que desciende sobre nosotros (cf. Hch 1, 8) y convertirnos de este modo en testigos de Cristo ‘hasta los últimos confines de la tierra’ ” (*Redemptor hominis* 22). En la mariología, para el Papa, se encuentran todos los

grandes temas de la fe: no hay encíclica que no concluya con una referencia a la Madre del Señor.

Y, por último, tenemos tres grandes textos doctrinales, que pueden situarse en el ámbito antropológico: *Veritatis splendor* (1993), *Evangelium vitae* (1995) y *Fides et ratio* (1998).

La primera encíclica, *Redemptor hominis*, es la más personal, el punto de partida de todas las demás. Sería fácil demostrar que todos los temas sucesivos ya se hallaban anticipados en ella: el tema de la verdad y el vínculo entre verdad y libertad se afronta según toda la importancia que tiene en un mundo que quiere libertad, pero considera la verdad una pretensión y lo contrario de la libertad. El celo ecuménico del Papa se aprecia ya en este primer gran texto magisterial. Los principales rasgos de la encíclica eucarística (Eucaristía y sacrificio, sacrificio y redención, Eucaristía y penitencia) ya se hallan presentes en sus grandes líneas. El imperativo “no matarás”, que es el gran tema de la *Evangelium vitae*, es anunciado con gran fuerza al mundo. Como hemos visto, la orientación del cristianismo hacia el futuro, típica del Papa, está relacionada con el tema mariano. Para el Papa, el vínculo entre la Iglesia y Cristo no es un vínculo con el pasado, una orientación hacia atrás, sino más bien el vínculo de quien es y da futuro, y que invita a la Iglesia a abrirse a un nuevo periodo de la fe. Su compromiso personal, su esperanza, pero también su profundo deseo de que el Señor nos conceda un nuevo presente de fe y de plenitud de vida, un nuevo Pentecostés, resulta evidente cuando, casi como una explosión, prorrumpe en una invocación: “La Iglesia de nuestro tiempo parece repetir cada vez con mayor fervor y con santa insistencia: ¡Ven, Espíritu Santo! ¡Ven! ¡Ven!” (*Redemptor hominis* 18).

Todos estos temas que, como ya hemos dicho, anticipan toda la obra magisterial del Papa están conectados por una visión cuya dirección fundamental debemos tratar de describir. Con ocasión de los ejercicios que como cardenal arzobispo de Cracovia predicó en 1976 a Pablo VI y a la Curia romana, explicaba que los intelectuales católicos polacos, en los primeros años de la posguerra, al inicio habían tratado de confutar, contra el materialismo marxista convertido ya en doctrina oficial, el valor absoluto de la materia. Pero pronto se desplazó el centro del debate: ya no versaba sobre las bases filosóficas de las ciencias naturales, aunque este tema mantiene siempre su

importancia, sino sobre la antropología. El núcleo de la discusión pasó a ser ¿qué es el hombre? La cuestión antropológica no es una teoría filosófica sobre el hombre; tiene un carácter existencial. Bajo esa cuestión, subyace la cuestión de la redención ¿Cómo puede vivir el hombre? ¿Quién tiene la respuesta a la cuestión sobre el hombre? ¿Quién puede enseñarnos a vivir: el materialismo, el marxismo o el cristianismo?

Así pues, la cuestión antropológica es una cuestión científica y racional, pero, al mismo tiempo, es también una cuestión pastoral: ¿cómo podemos mostrar a los hombres el camino que lleva a la vida y ayudarles a comprender, también, a los no creyentes que sus interrogantes son también los nuestros y que, frente al dilema del hombre de hoy y de entonces, Pedro tenía razón cuando dijo al Señor: “Señor, ¿a quién iremos? Sólo tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6, 68). Filosofía, pastoral y fe de la Iglesia se funden en esta tensión antropológica.

En su primera encíclica, *Redemptor hominis*, Juan Pablo II resumió, por decirlo así, los frutos del camino recorrido hasta entonces en su calidad de pastor de la Iglesia y como pensador de nuestro tiempo. Esa primera encíclica gira en torno a la cuestión del hombre. La expresión: “el hombre es el camino primero y fundamental de la Iglesia” (*Redemptor hominis* 14) se ha convertido casi en un lema. Pero, al citarla, a menudo nos olvidamos de que poco antes el Papa había dicho: “Jesucristo es el camino principal de la Iglesia. Él mismo es nuestro camino “hacia la casa del Padre” (cf. Jn 14, 1 ss) y es también “el camino hacia cada hombre” (*Redemptor hominis* 13). Por consiguiente, también la fórmula del hombre como primer camino de la Iglesia prosigue así: “camino trazado por Cristo mismo, camino que inmutablemente conduce a través del misterio de la Encarnación y de la Redención” (*Redemptor hominis* 14).

Para el Papa, antropología y cristología son inseparables. Precisamente, Cristo nos ha revelado qué es el hombre y adónde debe ir para encontrar la vida. Este Cristo no es solo un modelo de existencia humana, un ejemplo de cómo se debe vivir, sino que “está unido, en cierto modo, a todo hombre” (*Redemptor hominis* 14). Cristo nos toca en nuestro interior, en la raíz de nuestra existencia, transformándose así, desde el interior, en el camino para el hombre. Rompe el aislamiento del yo, es garantía de la dignidad indestructible de cada persona y, al mismo tiempo, es quien supera el individualismo en una comunicación a la que aspira toda la naturaleza del hombre.

Para el Papa, el antropocentrismo es al mismo tiempo cristocentrismo, y viceversa. Contra la opinión según la cual solo a través de las formas primitivas del ser humano, partiendo de abajo, por decirlo así, se puede explicar qué es el hombre, el Papa sostiene que solamente partiendo del hombre perfecto se puede comprender lo que es el hombre, y que desde este punto de vista se puede vislumbrar el camino del ser humano. A este respecto, habría podido referirse a Teilhard de Chardin, quien decía: “La solución científica del problema humano no deriva exclusivamente del estudio de los fósiles, sino de una atenta observación de las características y de las posibilidades del hombre de hoy, que determinarán al hombre de mañana”.

Naturalmente, Juan Pablo II va mucho más allá de ese diagnóstico: en definitiva, solo podemos comprender qué es el hombre mirando a Aquel que realiza plenamente la naturaleza del hombre, que es imagen de Dios, el Hijo de Dios, Dios de Dios y Luz de Luz. Así corresponde perfectamente a la orientación intrínseca de la primera encíclica, la que, en la prosecución del Magisterio papal, se desarrolló formando, juntamente con otras dos encíclicas, el tríptico trinitario. La cuestión del hombre no se puede separar de la cuestión de Dios. La tesis de Guardini, según la que solo conoce al hombre quien conoce a Dios, encuentra una clara confirmación en esta fusión de la antropología con la cuestión de Dios.

En las otras dos tablas del tríptico trinitario, el tema de Dios Padre aparece velado, por decirlo así, en primer lugar, bajo el título *Dives in misericordia*. Se puede creer que la idea de tratar esta temática le vino al Papa de la devoción de la religiosa de Cracovia Faustina Kowalska, a la que posteriormente elevó al honor de los altares. Poner en el centro de la fe y de la vida cristiana la misericordia de Dios fue el gran deseo de esta santa mujer. Con la fuerza de su vida espiritual, ella puso de relieve la novedad del cristianismo, precisamente en nuestro tiempo, marcado por la irreligiosidad de sus ideologías. Basta recordar que Séneca, un pensador del mundo romano en muchos aspectos bastante cercano al cristianismo, dijo una vez: “La compasión es una debilidad, una enfermedad”. Mil años después, san Bernardo de Claraval, con el espíritu de los santos Padres, encontró la admirable fórmula: “Dios no puede padecer, pero puede compadecer”.

Considero muy acertado que el Papa haya centrado su encíclica sobre Dios Padre en el tema de la misericordia divina. El primer subtítulo de la encíclica es: “Quien me ve a mí, ve al Padre” (Jn 14, 9). Ver a Cristo significa ver al Dios misericordioso. Conviene subrayar que en esta encíclica la digresión sobre la terminología bíblica de la misericordia divina en el Antiguo Testamento ocupa nada menos que tres páginas. En ella se explica también la palabra “rahamim”, que proviene de la palabra “rehem” (vientre materno), y confiere a la misericordia de Dios los rasgos del amor materno. El otro punto central de la encíclica es su profunda interpretación de la parábola del hijo pródigo, en la que la imagen del Padre resplandece en toda su grandeza y belleza.

Quiero dedicar también unas pocas palabras a la encíclica sobre el Espíritu Santo, en la que se trata el tema de la verdad y de la conciencia. Según el Papa, el auténtico don del Espíritu Santo es “el don de la verdad de la conciencia y el don de la certeza de la redención” (*Dominum et vivificantem* 31). Así pues, en la raíz del pecado está la mentira, el rechazo de la verdad. “La ‘desobediencia’, como dimensión originaria del pecado, significa rechazo de esta fuente por la pretensión del hombre de llegar a ser fuente autónoma y exclusiva en decidir sobre el bien y el mal” (*Dominum et vivificantem* 36). La perspectiva fundamental de la encíclica *Veritatis splendor* ya aparece aquí muy claramente. Es evidente que el Papa, precisamente en la encíclica sobre el Espíritu Santo, no se detiene en el diagnóstico de nuestra situación de peligro, sino que hace ese diagnóstico para preparar el camino a la curación. En la conversión, el afán de la conciencia se transforma en amor que sana, que sabe sufrir: “El dispensador oculto de esa fuerza salvadora es el Espíritu Santo” (*Dominum et vivificantem* 5).

He comentado ampliamente el tríptico trinitario, porque contiene todo el programa de las encíclicas sucesivas y lo relaciona con la fe en Dios. Ahora, me limitaré a algunos rasgos esquemáticos de las demás encíclicas.

Las tres grandes encíclicas sociales aplican la antropología del Papa a la problemática social de nuestro tiempo. Juan Pablo II subraya la primacía del hombre sobre los medios de producción, la primacía del trabajo sobre el capital, y la primacía de la ética sobre la técnica. En el centro está la dignidad del hombre, que es siempre un fin y jamás un medio. A partir de aquí, se esclarecen las grandes cuestiones actuales de la problemática social en contraposición crítica tanto con el marxismo como con el liberalismo.

Las encíclicas eclesiológicas merecerían una reflexión profunda que no puedo hacer aquí. *Ecclesia de Eucharistia* considera a la Iglesia desde el interior y desde lo alto, y así capta su capacidad de crear comunión; *Redemptoris Mater* trata de la prefiguración de la Iglesia en María y del misterio de su maternidad; las otras tres encíclicas de este grupo presentan los dos grandes ámbitos relacionales en los que vive la Iglesia: el diálogo ecuménico (como búsqueda de la unidad de los bautizados en obediencia al mandato del Señor, según la lógica intrínseca de la fe, que ha sido enviada al mundo por Dios como fuerza de unidad) es el primer ámbito relacional que el Papa, con toda la fuerza de su celo ecuménico, introduce en la conciencia de la Iglesia con la *Ut unum sint*.

También *Slavorum apostoli* es un texto ecuménico de particular belleza. Por una parte, se sitúa en la relación entre Oriente y Occidente; y por otra, muestra la vinculación entre la fe y la cultura, y la capacidad que tiene la fe para crear cultura, pues llega al fondo y experimenta una nueva dimensión de la unidad.

El otro ámbito relacional atañe a los hombres que profesan religiones no cristianas o que viven sin religión, para anunciarles a Jesús, del que Pedro dijo a los fariseos: “En ningún otro hay salvación, pues ningún otro nombre nos ha sido dado bajo el cielo, entre los hombres, por el cual podamos ser salvos” (Hch 4, 12). En la *Redemptoris missio*, el Papa explica la relación entre diálogo y anuncio. Muestra que la misión, el anuncio de Cristo a todos los que no lo conocen, sigue siendo siempre una obligación, pues todo hombre espera en su interior a aquel que es a la vez Dios y hombre, al “Redentor del hombre”.

Veamos, por último, las tres grandes encíclicas en las que la temática antropológica se desarrolla bajo diversos aspectos. *Veritatis splendor* no solo afronta la crisis interna de la teología moral en la Iglesia, sino que pertenece al debate ético de dimensiones mundiales que hoy se ha transformado en una cuestión de vida o muerte para la humanidad. Contra una teología moral que en el siglo XIX se había reducido de modo cada vez más preocupante a casuística, ya en los decenios anteriores al Concilio se había puesto en marcha un decidido movimiento de oposición. La doctrina moral cristiana se debía formular nuevamente desde su gran perspectiva positiva a partir del núcleo de la fe, sin considerarla como una lista de prohibiciones.

La idea de la imitación de Cristo y el principio del amor se desarrollaron como las directrices fundamentales a partir de las que podían organizarse los

diversos elementos de la doctrina. La voluntad de dejarse inspirar por la fe como luz nueva que hace transparente la doctrina moral había llevado a alejarse de la versión iusnaturalista de la moral en favor de una construcción de perfil bíblico e histórico-salvífico.

El concilio Vaticano II había confirmado y reafirmado estos enfoques, pero el intento de construir una moral puramente bíblica resultó imposible ante las demandas concretas de la época. El puro biblicismo, precisamente en la teología moral, no es un camino posible. Así, de modo sorprendentemente rápido, después de una breve fase en la que se trató de dar a la teología moral una inspiración bíblica, se intentó una explicación puramente racional del *ethos*, pero la vuelta al pensamiento iusnaturalista resultó imposible: la corriente antimetafísica, que tal vez ya había contribuido al intento biblicista, hacía que el derecho natural pareciera un modelo anticuado y ya inadecuado.

Se quedó a merced de una racionalidad positivista que ya no reconocía el bien como tal: “El bien es siempre —así decía entonces un teólogo moral— solo mejor que...”. Quedaba como criterio el cálculo de las consecuencias. Moral es lo que parece más positivo, teniendo en cuenta las consecuencias previsibles. No siempre el consecuencialismo se aplicó de modo tan radical, pero al final se llegó a una construcción tal que se disuelve lo que es moral, pues el bien como tal no existe. Para ese tipo de racionalidad ni siquiera la Biblia tiene algo que decir. La sagrada Escritura puede proporcionar motivaciones, pero no contenidos.

Sin embargo, si las cosas fueran así, el cristianismo como “camino” —así debería y quisiera ser— resultaría un fracaso. Y si antes desde la ortodoxia se había llegado a la ortopraxis, ahora la ortopraxis se convierte en una trágica ironía, ya que en el fondo no existe.

El Papa, por el contrario, con gran decisión volvió a dar legitimidad a la perspectiva metafísica, que es solo una consecuencia de la fe en la creación. Una vez más, partiendo de la fe en la creación, logra vincular y fundir antropocentrismo y teocentrismo: “La razón encuentra su verdad y su autoridad en la ley eterna, que no es otra cosa que la misma sabiduría divina [...]. En efecto, la ley natural [...] no es otra cosa que la luz de la inteligencia infundida en nosotros por Dios” (*Veritatis splendor* 40). Precisamente porque el Papa es partidario de la metafísica en virtud de la fe en la creación, puede

comprender también la Biblia como Palabra presente, unir la construcción metafísica y bíblica del *ethos*. Una perla de la encíclica, significativa tanto filosófica como teológicamente, es el gran pasaje sobre el martirio. Si ya no hay nada por lo que valga la pena morir, entonces, también la vida resulta vacía. Solo si existe el bien absoluto, por el que vale la pena morir, y el mal eterno, que nunca se transforma en bien, el hombre es confirmado en su dignidad y nosotros nos vemos protegidos de la dictadura de las ideologías.

Este punto es fundamental también para la encíclica *Evangelium vitae*, que el Papa escribió a petición apremiante del Episcopado mundial, pero que es igualmente expresión de su apasionada lucha por el respeto absoluto de la dignidad de la vida humana. La vida humana, donde se la trata como mera realidad biológica, se convierte en objeto del cálculo de las consecuencias. Pero el Papa, con la fe de la Iglesia, ve la imagen de Dios en el hombre, en todo hombre, sea pequeño o grande, sea débil o fuerte, sea útil o parezca inútil. Cristo, el Hijo mismo de Dios hecho hombre, murió por todo hombre. Esto confiere a cada hombre un valor infinito, una dignidad absolutamente intocable.

Precisamente porque en el hombre hay algo más que mera *bios*, también su vida biológica resulta infinitamente valiosa; no queda a disposición de cualquiera, pues está revestida de la dignidad de Dios: no hay consecuencias, por más nobles que sean, que puedan justificar experimentos sobre el hombre.

Después de todas las experiencias crueles de abuso del hombre, aunque las motivaciones pudieran parecer muy elevadas moralmente, esas palabras eran y son necesarias. Resulta evidente que la fe es la defensa de la humanidad. En la situación de ignorancia metafísica en la que nos encontramos, y que resulta a la vez atrofia moral, la fe se muestra como lo humano que salva. El Papa, como portavoz de la fe, defiende al hombre contra una moral aparente que amenaza con aplastarlo.

Por último, debemos considerar la gran encíclica *Fides et ratio*, sobre la fe y la filosofía. El tema de la verdad, que marca toda la obra magisterial del Santo Padre, se desarrolla aquí en todo su dramatismo. Afirmar la cognoscibilidad de la verdad, o sea, anunciar el mensaje cristiano como verdad reconocida, se ve hoy en gran medida como un ataque a la tolerancia y al pluralismo. La verdad se convierte incluso en una palabra prohibida.

Pero precisamente aquí entra en juego, una vez más, la dignidad del hombre. Si el hombre no es capaz de llegar a la verdad, entonces, todo lo que piensa y hace es puro convencionalismo, mera tradición. Como hemos visto, no le queda sino el cálculo de las consecuencias. Pero ¿quién puede abarcar realmente con la mirada las consecuencias de las acciones humanas? Si es así, todas las religiones son solo tradiciones, y naturalmente también el anuncio de la fe cristiana es una pretensión colonialista o imperialista.

El cristianismo no está en contradicción con la dignidad del hombre únicamente si la fe es verdad, pues no daña a nadie, más aún, es el bien lo que nos debemos recíprocamente. Como resultado de los grandes éxitos en el ámbito de las ciencias naturales y de la técnica, la razón ha perdido la valentía ante los grandes interrogantes del hombre: Dios, la muerte, la eternidad, la vida moral. El positivismo se extiende sobre el ojo interior del hombre como una catarata. Pero si estos interrogantes, decisivos al final para nuestra vida, quedan relegados al ámbito de la pura subjetividad y, por tanto, en definitiva, de la arbitrariedad, nos hemos quedado ciegos por lo que atañe a nuestra realidad de hombres.

Partiendo de la fe, el Papa pide a la razón que tenga la valentía de reconocer las realidades fundamentales. Si la fe no tiene la luz de la razón, se reduce a pura tradición y, con ello, declara su profunda arbitrariedad. La fe no necesita la valentía de la razón por sí misma. No está contra ella, sino que la impulsa a pretender de sí las grandes cosas para las cuales ha sido creada. *Sapere aude*: con este imperativo Kant describió la naturaleza del iluminismo.

Se podría decir que el Papa, de un modo nuevo, apela a una razón que se ha hecho metafísicamente pusilánime: ¡*Sapere aude!* Pretende de ti misma poder hacer grandes cosas; a esto estás destinada. La fe, así nos dice el Papa, no quiere hacer que calle la razón, sino que la quiere liberar del velo de la catarata que, frente a los grandes interrogantes de la humanidad, está ampliamente extendido sobre ella.

Una vez más, se ve que la fe defiende al hombre en su realidad de ser humano. Josef Pieper expresó una vez este pensamiento: “En la época final de la historia, bajo el señorío de la sofística y de una pseudo filosofía corrupta, la verdadera filosofía se podrá unir en la unidad primordial con la teología” y afirmó que así, al final de la historia, “la raíz de todas las cosas y el sentido

último de la existencia —que quiere decir: el objeto específico de la filosofía— será visto y considerado sólo por los que creen”.

Ahora bien, nosotros no estamos, en la medida en que se puede saber, al final de la historia, pero corremos el peligro de negar a la razón su auténtica grandeza. El Papa considera, con razón, que la fe está llamada a impulsar a la razón a tener nuevamente la valentía de la verdad. Sin la razón, la fe fracasa; sin la fe, la razón corre el riesgo de atrofiarse. Está en juego el hombre, sin embargo, para que el hombre sea redimido, hace falta el Redentor. Necesitamos a Cristo, hombre, que es hombre y Dios, “sin confusión ni división” en una única persona, *Redemptor hominis*.

CONSTITUCIÓN APOSTÓLICA DEL SUMO PONTÍFICE JUAN PABLO II SOBRE LAS UNIVERSIDADES CATÓLICAS

INTRODUCCIÓN

1. Nacida del corazón de la Iglesia, la Universidad Católica se inserta en el curso de la tradición que se remonta al origen mismo de la Universidad como institución, y se ha revelado siempre como un centro incomparable de creatividad y de irradiación del saber para el bien de la humanidad. Por su vocación la *Universitas magistrorum et scholarium* se consagra a la investigación, a la enseñanza y a la formación de los estudiantes, libremente reunidos con sus maestros animados todos por el mismo amor del saber¹. Ella comparte con todas las demás Universidades aquel *gaudium de veritate*, tan caro a San Agustín, esto es, el gozo de buscar la verdad, de descubrirla y de comunicarla² en todos los campos del conocimiento. Su tarea privilegiada es la de “unificar existencialmente en el trabajo intelectual dos órdenes de realidades que muy a menudo se tiende a oponer como si fuesen antitéticas: la búsqueda de la verdad y la certeza de conocer ya la fuente de la verdad”³.

2. Durante muchos años, yo mismo viví la benéfica experiencia, que me enriqueció interiormente, de aquello que es propio de la vida universitaria: la ardiente búsqueda de la verdad y su transmisión desinteresada a los jóvenes y a todos aquellos que aprenden a razonar con rigor para obrar con rectitud y para servir mejor a la sociedad.

Deseo, por tanto, compartir con todos mi profunda estima por la Universidad Católica, y expresar mi vivo aprecio por el esfuerzo que en ella se viene realizando en los diversos campos del conocimiento. En particular, deseo manifestar mi alegría por los múltiples encuentros que el Señor me ha concedido tener, en el transcurso de mis viajes apostólicos, con las comunidades universitarias de los distintos continentes. Ellas son para mí el

signo vivo y prometedor de la fecundidad de la inteligencia cristiana en el corazón de cada cultura. Ellas me dan una fundada esperanza de un nuevo florecimiento de la cultura cristiana en el contexto múltiple y rico de nuestro tiempo cambiante, el cual se encuentra ciertamente frente a serios retos, pero también es portador de grandes promesas bajo la acción del Espíritu de verdad y de amor.

Quiero expresar también aprecio y gratitud a tantos profesores católicos comprometidos en Universidades no Católicas. Su tarea como académicos y científicos, vivida en la perspectiva de la luz cristiana, debe considerarse sumamente valiosa para el bien de la Universidad en la que enseñan. Su presencia, en efecto, es un estímulo constante para la búsqueda desinteresada de la verdad y de la sabiduría que viene de lo Alto.

3. Desde el comienzo de mi pontificado, ha sido mi propósito compartir estas ideas y sentimientos con mis colaboradores más inmediatos, que son los Cardenales, con la Congregación para la Educación Católica, así como también con las mujeres y los hombres de cultura de todo el mundo. En efecto, el diálogo de la Iglesia con la cultura de nuestro tiempo es el sector vital, en el que “se juega el destino de la Iglesia y del mundo en este final del siglo XX”⁴. No hay, en efecto, más que una cultura: la humana, la del hombre y para el hombre⁵. Y la Iglesia, experta en humanidad, según expresión de mi predecesor Pablo VI hablando a la ONU⁶, investiga, gracias a sus Universidades Católicas y a su patrimonio humanístico y científico, los misterios del hombre y del mundo explicándolos a la luz de la Revelación.

4. Es un honor y una responsabilidad de la Universidad Católica consagrarse sin reservas a la causa de la verdad. Es ésta su manera de servir, al mismo tiempo, a la dignidad del hombre y a la causa de la Iglesia, que tiene “la íntima convicción de que la verdad es su verdadera aliada... y que el saber y la razón son fieles servidores de la fe”⁷. Sin descuidar en modo alguno la adquisición de conocimientos útiles, la Universidad Católica se distingue por su libre búsqueda de toda la verdad acerca de la naturaleza, del hombre y de Dios. Nuestra época, en efecto, tiene necesidad urgente de esta forma de servicio desinteresado que es el de proclamar el sentido de la verdad, valor

fundamental sin el cual desaparecen la libertad, la justicia y la dignidad del hombre. Por una especie de humanismo universal la Universidad Católica se dedica por entero a la búsqueda de todos los aspectos de la verdad en sus relaciones esenciales con la Verdad suprema, que es Dios. Por lo cual, ella, sin temor alguno, antes bien con entusiasmo trabaja en todos los campos del saber, consciente de ser precedida por Aquel que es “Camino, Verdad y Vida”⁸, el Logos, cuyo Espíritu de inteligencia y de amor da a la persona humana la capacidad de encontrar con su inteligencia la realidad última que es su principio y su fin, y es el único capaz de dar en plenitud aquella Sabiduría, sin la cual el futuro del mundo estaría en peligro.

5. Es en el contexto de la búsqueda desinteresada de la verdad donde la relación entre fe y cultura encuentra su sentido y significado. “Intellege ut credas; crede ut intellegas”⁹: esta invitación de San Agustín⁹ vale también para la Universidad Católica, llamada a explorar audazmente las riquezas de la Revelación y de la naturaleza, para que el esfuerzo conjunto de la inteligencia y de la fe permita a los hombres alcanzar la medida plena de su humanidad, creada a imagen y semejanza de Dios, renovada más admirablemente todavía, después del pecado, en Cristo, y llamada a brillar en la luz del Espíritu.

6. La Universidad Católica, por el encuentro que establece entre la insondable riqueza del mensaje salvífico del Evangelio y la pluralidad e infinidad de campos del saber en los que la encarna, permite a la Iglesia establecer un diálogo de fecundidad incomparable con todos los hombres de cualquier cultura. El hombre, en efecto, vive una vida digna gracias a la cultura y, si encuentra su plenitud en Cristo, no hay duda que el Evangelio, abarcándolo y renovándolo en todas sus dimensiones, es fecundo también para la cultura, de la que el hombre mismo vive.

7. En el mundo de hoy, caracterizado por unos progresos tan rápidos en la ciencia y en la tecnología, las tareas de la Universidad Católica asumen una importancia y una urgencia cada vez mayores. De hecho, los descubrimientos científicos y tecnológicos, si por una parte conllevan un enorme crecimiento económico e industrial, por otra imponen ineludiblemente la necesaria

correspondiente búsqueda del significado, con el fin de garantizar que los nuevos descubrimientos sean usados para el auténtico bien de cada persona y del conjunto de la sociedad humana. Si es responsabilidad de toda Universidad buscar este significado, la Universidad Católica está llamada de modo especial a responder a esta exigencia; su inspiración cristiana le permite incluir en su búsqueda, la dimensión moral, espiritual y religiosa, y valorar las conquistas de la ciencia y de la tecnología en la perspectiva total de la persona humana.

En este contexto, las Universidades Católicas están llamadas a una continua renovación, tanto por el hecho de ser universidad, como por el hecho de ser católica. En efecto, “está en juego el significado de la investigación científica y de la tecnología, de la convivencia social, de la cultura, pero, más profundamente todavía, está en juego el significado mismo del hombre”¹⁰. Tal renovación exige la clara conciencia de que, por su carácter católico, la Universidad goza de una mayor capacidad para la búsqueda desinteresada de la verdad; búsqueda, pues, que no está subordinada ni condicionada por intereses particulares de ningún género.

8. Habiendo dedicado ya a las Universidades y Facultades eclesiásticas la Constitución Apostólica *Sapientia Christiana*¹¹, me ha parecido un deber proponer a las Universidades Católicas un documento de referencia análogo, que sea para ellas como la «magna charta», enriquecida por la experiencia tan amplia y fecunda de la Iglesia en el sector universitario, y abierta a las realizaciones prometedoras del porvenir, el cual exige audaz creatividad y al mismo tiempo rigurosa fidelidad.

9. El presente documento va dirigido especialmente a los dirigentes de las Universidades Católicas, a las Comunidades académicas respectivas, a todos aquellos que se interesen por ellas, particularmente a los Obispos, a las Congregaciones Religiosas y a las Instituciones eclesiales y a los numerosos laicos comprometidos en la gran misión de la enseñanza superior. La finalidad es hacer que se logre “una presencia, por así decir, pública, continua y universal del pensamiento cristiano en todo esfuerzo tendiente a promover la cultura superior y, también, a formar a todos los estudiantes de manera que lleguen a ser hombres insignes por el saber, preparados para desempeñar

funciones de responsabilidad en la sociedad y a testimoniar su fe ante el mundo”¹².

10. Además de las Universidades Católicas, me dirijo también a las numerosas Instituciones Católicas de estudios superiores. Según su naturaleza y objetivos propios, ellas tienen en común alguna o todas las características de una Universidad y ofrecen una particular contribución a la Iglesia y a la sociedad, sea mediante la investigación sea mediante la educación o la preparación profesional. Si bien este documento se refiere específicamente a la Universidad Católica, también pretende abarcar a todas las Instituciones Católicas de enseñanza superior, comprometidas en la transmisión del mensaje del Evangelio de Cristo a los espíritus y a las culturas.

Es, por tanto, con gran confianza y esperanza que invito a todas las Universidades Católicas a perseverar en su insustituible tarea. Su misión aparece cada vez más necesaria para el encuentro de la Iglesia con el desarrollo de las ciencias y con las culturas de nuestro tiempo.

Junto con todos los hermanos Obispos, que comparten conmigo las tareas pastorales, deseo manifestaros mi profunda convicción de que la Universidad Católica es sin duda alguna uno de los mejores instrumentos que la Iglesia ofrece a nuestra época, que está en busca de certeza y sabiduría. Teniendo la misión de llevar la Buena Nueva a todos los hombres, la Iglesia nunca debe dejar de interesarse por esta Institución. Las Universidades Católicas, en efecto, con la investigación y la enseñanza, ayudan a la Iglesia a encontrar de un modo adecuado a los tiempos modernos los tesoros antiguos y nuevos de la cultura, “nova et vetera”, según la palabra de Jesús¹³.

11. Me dirijo, en fin, a toda la Iglesia, convencido de que las Universidades Católicas son necesarias para su crecimiento y para el desarrollo de la cultura cristiana y del progreso. Por esto, toda la Comunidad eclesial es invitada a prestar su apoyo a las Instituciones Católicas de enseñanza superior y a asistirles en su proceso de crecimiento y renovación. Ella es invitada especialmente a tutelar los derechos y la libertad de estas Instituciones en la sociedad civil, a ofrecerles apoyo económico, sobre todo en aquellos Países que tienen más urgente necesidad de él y a contribuir al establecimiento de nuevas Universidades Católicas, allí donde sean necesarias.

Espero que estas disposiciones, fundadas en la enseñanza del Concilio Vaticano II y en las normas del Código de Derecho Canónico, permitan a las Universidades Católicas y a los demás Institutos de Estudios Superiores cumplir su imprescindible misión en el nuevo Adviento de gracia que se abre con el nuevo Milenio.

I PARTE

IDENTIDAD Y MISIÓN

A. IDENTIDAD DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA

1. Naturaleza y objetivos

12. La Universidad Católica, en cuanto Universidad, es una comunidad académica, que, de modo riguroso y crítico, contribuye a la tutela y desarrollo de la dignidad humana y de la herencia cultural mediante la investigación, la enseñanza y los diversos servicios ofrecidos a las comunidades locales, nacionales e internacionales¹⁴. Ella goza de aquella autonomía institucional que es necesaria para cumplir sus funciones eficazmente y garantiza a sus miembros la libertad académica, salvaguardando los derechos de la persona y de la comunidad dentro de las exigencias de la verdad y del bien común¹⁵.

13. Puesto que el objetivo de una Universidad Católica es el de garantizar de forma institucional una presencia cristiana en el mundo universitario frente a los grandes problemas de la sociedad y de la cultura¹⁶, ella debe poseer, en cuanto católica, las características esenciales siguientes:

1. Una inspiración cristiana por parte, no sólo de cada miembro, sino también de la Comunidad universitaria como tal;
2. Una reflexión continua a la luz de la fe católica, sobre el creciente tesoro del saber humano, al que trata de ofrecer una contribución con las propias investigaciones;
3. La fidelidad al mensaje cristiano tal como es presentado por la Iglesia;
4. El esfuerzo institucional a servicio del pueblo de Dios y de la familia

humana en su itinerario hacia aquel objetivo trascendente que da sentido a la vida¹⁷.

14. “A la luz de estas cuatro características, es evidente que además de la enseñanza, de la investigación y de los servicios comunes a todas las Universidades, una Universidad Católica, por compromiso institucional, aporta también a su tarea la inspiración y la luz del mensaje cristiano. En una Universidad Católica, por tanto, los ideales, las actitudes y los principios católicos penetran y conforman las actividades universitarias según la naturaleza y la autonomía propias de tales actividades. En una palabra, siendo al mismo tiempo Universidad y Católica, ella debe ser simultáneamente una comunidad de estudiosos, que representan diversos campos del saber humano, y una institución académica, en la que el catolicismo está presente de manera vital”¹⁸.

15. La Universidad Católica es, por consiguiente, el lugar donde los estudiosos examinan a fondo la realidad con los métodos propios de cada disciplina académica, contribuyendo así al enriquecimiento del saber humano. Cada disciplina se estudia de manera sistemática, estableciendo después un diálogo entre las diversas disciplinas con el fin de enriquecerse mutuamente.

Tal investigación, además de ayudar a los hombres y mujeres en la búsqueda constante de la verdad, ofrece un eficaz testimonio, hoy tan necesario, de la confianza que tiene la Iglesia en el valor intrínseco de la ciencia y de la investigación.

En una Universidad Católica la investigación abarca necesariamente: a) la consecución de una integración del saber; b) el diálogo entre fe y razón; c) una preocupación ética y d) una perspectiva teológica.

16. La integración del saber es un proceso que siempre se puede perfeccionar. Además, el incremento del saber en nuestro tiempo, al que se añade la creciente especialización del conocimiento en el seno de cada disciplina académica, hace tal tarea cada vez más difícil. Pero una Universidad, y especialmente una Universidad Católica, “debe ser "unidad viva" de organismos, dedicados a la investigación de la verdad... Es preciso, por lo

tanto, promover tal superior síntesis del saber, en la que solamente se saciará aquella sed de verdad que está inscrita en lo más profundo del corazón humano”¹⁹. Guiados por las aportaciones específicas de la filosofía y de la teología, los estudios universitarios se esforzarán constantemente en determinar el lugar correspondiente y el sentido de cada una de las diversas disciplinas en el marco de una visión de la persona humana y del mundo iluminada por el Evangelio y, consiguientemente, por la fe en Cristo-Logos, como centro de la creación y de la historia.

17. Promoviendo dicha integración, la Universidad Católica debe comprometerse, más específicamente, en el diálogo entre fe y razón, de modo que se pueda ver más profundamente cómo fe y razón se encuentran en la única verdad. Aunque conservando cada disciplina académica su propia identidad y sus propios métodos, este diálogo pone en evidencia que la “investigación metódica en todos los campos del saber, si se realiza de una forma auténticamente científica y conforme a las leyes morales, nunca será en realidad contraria a la fe, porque las realidades profanas y las de la fe tienen su origen en el mismo Dios”²⁰. La vital interacción de los dos distintos niveles de conocimiento de la única verdad conduce a un amor mayor de la verdad misma y contribuye a una mejor comprensión de la vida humana y del fin de la creación.

18. Puesto que el saber debe servir a la persona humana, en una Universidad Católica la investigación se debe realizar siempre preocupándose de las implicaciones éticas y morales, inherentes tanto a los métodos como a sus descubrimientos. Aunque presente en toda investigación, esta preocupación es particularmente urgente en el campo de la investigación científica y tecnológica.

“Es esencial que nos convenzamos de la prioridad de lo ético sobre lo técnico, de la primacía de la persona humana sobre las cosas, de la superioridad del espíritu sobre la materia. Solamente servirá a la causa del hombre si el saber está unido a la conciencia. Los hombres de ciencia ayudarán realmente a la humanidad sólo si conservan 'el sentido de la trascendencia del hombre sobre el mundo y de Dios sobre el hombre'”²¹.

19. La teología desempeña un papel particularmente importante en la búsqueda de una síntesis del saber, como también en el diálogo entre fe y razón. Ella presta, además, una ayuda a todas las otras disciplinas en su búsqueda de significado, no sólo ayudándoles a examinar de qué modo sus descubrimientos influyen sobre las personas y la sociedad, sino dándoles también una perspectiva y una orientación que no están contenidas en sus metodologías. A su vez, la interacción con estas otras disciplinas y sus hallazgos enriquece a la teología, proporcionándole una mejor comprensión del mundo de hoy y haciendo que la investigación teológica se adapte mejor a las exigencias actuales. Considerada la importancia específica de la teología entre las disciplinas académicas, toda Universidad Católica deberá tener una Facultad o, al menos, una cátedra de teología²².

20. Dada la íntima relación entre investigación y enseñanza, conviene que las exigencias de la investigación, arriba indicadas, influyan sobre toda la enseñanza. Mientras cada disciplina se enseña de manera sistemática y según sus propios métodos, la interdisciplinariedad, apoyada por la contribución de la filosofía y de la teología, ayuda a los estudiantes a adquirir una visión orgánica de la realidad y a desarrollar un deseo incesante de progreso intelectual. En la comunicación del saber se hace resaltar cómo la razón humana en su reflexión se abre a cuestiones siempre más vastas y cómo la respuesta completa a las mismas proviene de lo alto a través de la fe. Además, las implicaciones morales, presentes en toda disciplina, son consideradas como parte integrante de la enseñanza de la misma disciplina; y esto para que todo el proceso educativo esté orientado, en definitiva, al desarrollo integral de la persona. En fin, la teología católica, enseñada con entera fidelidad a la Escritura, a la Tradición y al Magisterio de la Iglesia, ofrecerá un conocimiento claro de los principios del Evangelio, el cual enriquecerá el sentido de la vida humana y le conferirá una nueva dignidad.

Mediante la investigación y la enseñanza los estudiantes deberán ser formados en las diversas disciplinas de manera que lleguen a ser verdaderamente competentes en el campo específico al cual se dedicarán en servicio de la sociedad y de la Iglesia; pero, al mismo tiempo, deberán ser preparados para dar testimonio de su fe ante el mundo.

2. La Comunidad universitaria

21. La Universidad Católica persigue sus propios objetivos también mediante el esfuerzo por formar una comunidad auténticamente humana, animada por el espíritu de Cristo. La fuente de su unidad deriva de su común consagración a la verdad, de la idéntica visión de la dignidad humana y, en último análisis, de la persona y del mensaje de Cristo que da a la Institución su carácter distintivo. Como resultado de este planteamiento, la Comunidad universitaria está animada por un espíritu de libertad y de caridad, y está caracterizada por el respeto recíproco, por el diálogo sincero y por la tutela de los derechos de cada uno. Ayuda a todos sus miembros a alcanzar su plenitud como personas humanas. Cada miembro de la Comunidad, a su vez, coadyuva para promover la unidad y contribuye, según su propia responsabilidad y capacidad, en las decisiones que tocan a la Comunidad misma, así como a mantener y reforzar el carácter católico de la institución.

22. Los docentes universitarios esfuércense por mejorar cada vez más su propia competencia y por encuadrar el contenido, los objetivos, los métodos y los resultados de la investigación de cada una de las disciplinas en el contexto de una coherente visión del mundo. Los docentes cristianos están llamados a ser testigos y educadores de una auténtica vida cristiana, que manifieste la lograda integración entre fe y cultura, entre competencia profesional y sabiduría cristiana. Todos los docentes deberán estar animados por los ideales académicos y por los principios de una vida auténticamente humana.

23. Se insta a los estudiantes a adquirir una educación que armonice la riqueza del desarrollo humanístico y cultural con la formación profesional especializada. Dicho desarrollo debe ser tal que se sientan animados a continuar la búsqueda de la verdad y de su significado durante toda la vida, dado que “es preciso que el espíritu humano desarrolle la capacidad de admiración, de intuición, de contemplación y llegue a ser capaz de formarse un juicio personal y de cultivar el sentido religioso, moral y social”²³. Esto les hará capaces de adquirir o, si ya lo tienen, de profundizar una forma de vida auténticamente cristiana. Los estudiantes deben ser conscientes de la seriedad

de su deber y sentir la alegría de poder ser el día de mañana “líderes” calificados y testigos de Cristo en los lugares en los que deberán desarrollar su labor.

24. Los dirigentes y el personal administrativo en una Universidad Católica deben promover el desarrollo constante de la Universidad y de su Comunidad mediante una esmerada gestión de servicio. La dedicación y el testimonio del personal no académico son indispensables para la identidad y la vida de la Universidad.

25. Muchas Universidades Católicas han sido fundadas por Congregaciones Religiosas y continúan dependiendo de su apoyo. Se pide a las Congregaciones Religiosas que se dedican al apostolado de la enseñanza superior, que ayuden a estas Instituciones a renovarse en su tarea y que sigan preparando religiosos y religiosas capaces de ofrecer una positiva contribución a la misión de la Universidad Católica.

Además, las actividades universitarias han sido por tradición un medio gracias al cual los laicos pueden desarrollar un importante papel en la Iglesia. Hoy, en la mayor parte de las Universidades Católicas, la Comunidad académica está compuesta mayoritariamente por laicos, los cuales asumen en número siempre creciente altas funciones y responsabilidades de dirección. Estos laicos católicos responden a la llamada de la Iglesia “a estar presentes, a la enseñanza de la valentía y de la creatividad intelectual, en los puestos privilegiados de la cultura, como es el mundo de la educación: Escuela y Universidad”²⁴. El futuro de las Universidades Católicas depende, en gran parte, del competente y generoso empeño de los laicos católicos. La Iglesia ve su creciente presencia en estas instituciones con gran esperanza y como una confirmación de la insustituible vocación del laicado en la Iglesia y en el mundo, con la confianza de que ellos, en el ejercicio de su propia misión, “iluminen y ordenen las realidades temporales, de modo que sin cesar se desarrollen y progresen y sean para gloria del Creador y del Redentor”²⁵.

26. En muchas Universidades Católicas la Comunidad universitaria incluye miembros pertenecientes a otras Iglesias, a otras Comunidades eclesiales y

religiones, e incluso personas que no profesan ningún credo religioso. Estos hombres y mujeres contribuyen con su formación y su experiencia al progreso de las diversas disciplinas académicas o al desarrollo de otras tareas universitarias.

3. La Universidad Católica en la Iglesia

27. Afirmandose como Universidad, toda Universidad Católica mantiene con la Iglesia una vinculación que es esencial para su identidad institucional. Como tal, participa más directamente en la vida de la Iglesia particular en que está ubicada, pero al mismo tiempo, -estando incorporada, como institución académica, a la comunidad internacional del saber y de la investigación-, participa y contribuye a la vida de la Iglesia universal, asumiendo, por tanto, un vínculo particular con la Santa Sede en razón del servicio de unidad, que ella está llamada a cumplir en favor de toda la Iglesia. De esta estrecha relación con la Iglesia derivan, como consecuencia, la fidelidad de la Universidad, como institución, al mensaje cristiano, y el reconocimiento y adhesión a la Autoridad magisterial de la Iglesia en materia de fe y de moral. Los miembros católicos de la Comunidad universitaria, a su vez, están también llamados a una fidelidad personal a la Iglesia, con todo lo que esto comporta. De los miembros no católicos, en fin, se espera el respeto al carácter católico de la institución en la que prestan su servicio, mientras que la Universidad, a su vez, deberá respetar su libertad religiosa²⁶.

28. Los Obispos tienen la particular responsabilidad de promover las Universidades Católicas y, especialmente, de seguirlas y asistirles en el mantenimiento y fortalecimiento de su identidad católica incluso frente a las Autoridades civiles. Esto se conseguirá más fácilmente estableciendo y manteniendo relaciones estrechas, personales y pastorales, entre la Universidad y las Autoridades eclesiales, caracterizadas por la confianza recíproca, colaboración coherente y continuo diálogo. Aunque no entren directamente en el gobierno de las Universidades, los Obispos “no han de ser considerados agentes externos, sino partícipes de la vida de la Universidad Católica”²⁷.

29. La Iglesia, aceptando “la legítima autonomía de la cultura humana y especialmente la de las ciencias”, reconoce también la libertad académica de cada estudioso en la disciplina de su competencia, de acuerdo con los principios y métodos de la ciencia, a la que ella se refiere²⁸, y dentro de las exigencias de la verdad y del bien común.

También la teología, como ciencia, tiene un puesto legítimo en la Universidad junto a las otras disciplinas. Ella, como le corresponde, tiene principios y método propios que la definen precisamente como ciencia. A condición de que acepten tales principios y apliquen el correspondiente método, los teólogos gozan, también ellos, de la misma libertad académica.

Los Obispos deben animar el trabajo creativo de los teólogos. Ellos sirven a la Iglesia mediante la investigación llevada a cabo respetando el método teológico. Ellos tratan de comprender mejor, de desarrollar ulteriormente y de comunicar más eficazmente el sentido de la Revelación cristiana como es transmitida por la Sagrada Escritura, por la Tradición y por el Magisterio de la Iglesia. Ellos estudian también los caminos a través de los cuales la teología puede proyectar luz sobre las cuestiones específicas, planteadas por la cultura actual. Al mismo tiempo, puesto que la teología busca la comprensión de la verdad revelada, cuya auténtica interpretación está confiada a los Obispos de la Iglesia²⁹, es elemento intrínseco a los principios y al métodos propios de la investigación y de la enseñanza de su disciplina académica, que los teólogos respeten la autoridad de los Obispos y adhieran a la doctrina católica según el grado de autoridad con que ella es enseñada³⁰. En razón de sus respectivos roles vinculados entre sí, el diálogo entre los Obispos y los teólogos es esencial; y esto es verdad especialmente hoy, cuando los resultados de la investigación son tan rápida y tan ampliamente difundidos por los medios de comunicación social³¹.

B. LA MISIÓN DE SERVICIO DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA

30. La misión fundamental de la Universidad es la constante búsqueda de la verdad mediante la investigación, la conservación y la comunicación del saber

para el bien de la sociedad. La Universidad Católica participa en esta misión aportando sus características específicas y su finalidad.

1. Servicio a la Iglesia y a la Sociedad

31. Mediante la enseñanza y la investigación la Universidad Católica da una indispensable contribución a la Iglesia. Ella, en efecto, prepara hombres y mujeres, que, inspirados en los principios cristianos y motivados a vivir su vocación cristiana con madurez y coherencia, serán también capaces de asumir puestos de responsabilidad en la Iglesia. Además, gracias a los resultados de las investigaciones científicas que pone a disposición, la Universidad Católica podrá ayudar a la Iglesia a dar respuesta a los problemas y exigencias de cada época.

32. La Universidad Católica, como cualquier otra Universidad, está inmersa en la sociedad humana. Para llevar a cabo su servicio a la Iglesia está llamada -siempre en el ámbito de su competencia- a ser instrumento cada vez más eficaz de progreso cultural tanto para las personas como para la sociedad. Sus actividades de investigación incluirán, por tanto, el estudio de los graves problemas contemporáneos, tales como, la dignidad de la vida humana, la promoción de la justicia para todos, la calidad de vida personal y familiar, la protección de la naturaleza, la búsqueda de la paz y de la estabilidad política, una distribución más equitativa de los recursos del mundo y un nuevo ordenamiento económico y político que sirva mejor a la comunidad humana a nivel nacional e internacional. La investigación universitaria se deberá orientar a estudiar en profundidad las raíces y las causas de los graves problemas de nuestro tiempo, prestando especial atención a sus dimensiones éticas y religiosas.

Si es necesario, la Universidad Católica deberá tener la valentía de expresar verdades incómodas, verdades que no halagan a la opinión pública, pero que son también necesarias para salvaguardar el bien auténtico de la sociedad.

33. Deberá darse una especial prioridad al examen y a la evaluación, desde el punto de vista cristiano, de los valores y normas dominantes en la sociedad y

en la cultura modernas, y a la responsabilidad de comunicar a la sociedad de hoy aquellos principios éticos y religiosos que dan pleno significado a la vida humana. Es ésta una ulterior contribución que la Universidad puede dar al desarrollo de aquella auténtica antropología cristiana, que tiene su origen en la persona de Cristo, y que permite al dinamismo de la creación y de la redención influir sobre la realidad y sobre la justa solución de los problemas de la vida.

34. El espíritu cristiano de servicio a los demás en la promoción de la justicia social reviste particular importancia para cada Universidad Católica y debe ser compartido por los profesores y fomentado entre los estudiantes. La Iglesia se empeña firmemente en el crecimiento integral de todo hombre y de toda mujer³². El Evangelio, interpretado a través de la doctrina social de la Iglesia, llama urgentemente a promover “el desarrollo de los pueblos, que luchan por liberarse del yugo del hambre, de la miseria, de las enfermedades endémicas y de la ignorancia; de aquellos que buscan una participación más amplia en los frutos de la civilización y una valoración más activa de sus cualidades humanas; que se mueven con decisión hacia la meta de su plena realización”³³. La Universidad Católica siente la responsabilidad de contribuir concretamente al progreso de la sociedad en la que opera: podrá buscar, por ejemplo, la manera de hacer más asequible la educación universitaria a todos los que puedan beneficiarse de ella, especialmente a los pobres o a los miembros de grupos minoritarios, que tradicionalmente se han visto privados de ella. Además, ella tiene la responsabilidad -dentro de los límites de sus posibilidades- de ayudar a promover el desarrollo de las Naciones emergentes.

35. En su esfuerzo por ofrecer una respuesta a estos complejos problemas, que atañen a tantos aspectos de la vida humana y de la sociedad, la Universidad Católica deberá insistir en la cooperación entre las diversas disciplinas académicas, las cuales ofrecen ya su propia contribución específica a la búsqueda de soluciones. Además, puesto que los recursos económicos y de personal de cada Institución son limitados, es esencial la cooperación en proyectos comunes de investigación programados entre Universidades Católicas, y también con otras Instituciones tanto privadas como estatales. A este respecto y también en lo que se refiere a otros campos de actividades específicas de una Universidad Católica, se reconoce la función que tienen las

distintas asociaciones nacionales e internacionales de Universidades Católicas. Entre éstas cabe mencionar especialmente la misión de la Federación Internacional de las Universidades Católicas, constituida por la Santa Sede³⁴, la cual espera de ella una fructífera colaboración.

36. Mediante programas de educación permanente de adultos, permitiendo a los docentes estar disponibles para servicios de asesoría, sirviéndose de los modernos medios de comunicación y en varios otros modos, la Universidad Católica puede hacer que el creciente acervo de conocimientos humanos y una comprensión siempre mejor de la fe puedan ponerse a disposición de un público más amplio, extendiendo así los servicios de la Universidad más allá de los límites propiamente académicos.

37. En el servicio a la sociedad el interlocutor privilegiado será naturalmente el mundo académico, cultural y científico de la región en la que trabaja la Universidad Católica. Se deben estimular formas originales de diálogo y colaboración entre las Universidades Católicas y las otras Universidades de la Nación para favorecer el desarrollo, la comprensión entre las culturas y la defensa de la naturaleza con una conciencia ecológica internacional.

Junto con otras Instituciones privadas y públicas, las Universidades Católicas, mediante la educación superior y la investigación, sirven al bien común; representan uno de entre los varios tipos de instituciones necesarias para la libre expresión de la diversidad cultural, y se esfuerzan en promover el sentido de la solidaridad en la sociedad y en el mundo. Ellas, por lo tanto, tienen todo el derecho a esperar, de parte de la sociedad civil y de las Autoridades públicas, el reconocimiento y la defensa de su autonomía institucional y de la libertad académica. Idéntico derecho tienen en lo que respecta a la ayuda económica, necesaria para que tengan asegurada su existencia y desarrollo.

2. Pastoral universitaria

38. La pastoral universitaria es aquella actividad de la Universidad que ofrece a los miembros de la Comunidad la ocasión de coordinar el estudio

académico y las actividades para-académicas con los principios religiosos y morales, integrando de esta manera la vida con la fe. Dicha pastoral concretiza la misión de la Iglesia en la Universidad y forma parte integrante de su actividad y de su estructura. Una Comunidad universitaria preocupada por promover el carácter católico de la institución, debe ser consciente de esta dimensión pastoral y sensible al modo en que ella puede influir sobre todas sus actividades.

39. Como natural expresión de su identidad católica, la Comunidad universitaria debe saber encarnar la fe en sus actividades diarias, con momentos significativos para la reflexión y la oración.

De esta manera, se ofrecerán oportunidades a los miembros católicos de la Comunidad para asimilar en su vida la doctrina y la práctica católicas. Se les animará a participar en la celebración de los sacramentos, especialmente del sacramento de la Eucaristía, como el más perfecto acto del culto comunitario. Aquellas comunidades académicas que tienen en su seno una importante presencia de personas pertenecientes a diferentes Iglesias, Comunidades eclesiales o religiones, respetarán sus respectivas iniciativas de reflexión y oración en la salvaguardia de su credo.

40. Cuantos se ocupan de la pastoral universitaria invitarán a los profesores y estudiantes a ser más conscientes de su responsabilidad hacia aquellos que sufren física y espiritualmente. Siguiendo el ejemplo de Cristo, se preocuparán especialmente de los más pobres y de los que sufren a causa de las injusticias en el campo económico, social, cultural y religioso. Esta responsabilidad se ejercita, en primer lugar, en el interior de la comunidad académica, pero encuentra aplicación también fuera de ella.

41. La pastoral universitaria es una actividad indispensable; gracias a ella los estudiantes católicos, en cumplimiento de sus compromisos bautismales, pueden prepararse a participar activamente en la vida de la Iglesia. Esta pastoral puede contribuir a desarrollar y alimentar una auténtica estima del matrimonio y de la vida familiar, promover vocaciones para el sacerdocio y la

vida religiosa, estimular el compromiso cristiano de los laicos e impregnar todo tipo de actividad con el espíritu del Evangelio. El acuerdo entre la pastoral universitaria y las Instituciones que actúan en el ámbito de la Iglesia particular, bajo la dirección o con la aprobación del Obispo, no podrá ser sino de beneficio común³⁵.

42. Las diversas Asociaciones o Movimientos de vida espiritual y apostólica, sobre todo los creados específicamente para los estudiantes, pueden ser de una grande ayuda para desarrollar los aspectos pastorales de la vida universitaria.

3. Diálogo cultural

43. Por su misma naturaleza, la Universidad promueve la cultura mediante su actividad investigadora, ayuda a transmitir la cultura local a las generaciones futuras mediante la enseñanza y favorece las actividades culturales con los propios servicios educativos. Está abierta a toda experiencia humana, pronta al diálogo y a la percepción de cualquier cultura. La Universidad Católica participa en este proceso ofreciendo la rica experiencia cultural de la Iglesia. Además, consciente de que la cultura humana está abierta a la Revelación y a la trascendencia, la Universidad Católica es el lugar primario y privilegiado para un fructuoso diálogo entre el Evangelio y la cultura.

44. La Universidad Católica asiste a la Iglesia precisamente mediante dicho diálogo, ayudándola a alcanzar un mejor conocimiento de las diversas culturas, a discernir sus aspectos positivos y negativos, a acoger sus contribuciones auténticamente humanas y a desarrollar los medios con los cuales pueda hacer la fe más comprensible a los hombres de una determinada cultura³⁶. Si es verdad que el Evangelio no puede ser identificado con la cultura, antes bien trasciende todas las culturas, también es cierto que “el Reino anunciado por el Evangelio es vivido por personas profundamente vinculadas a una cultura, y la construcción del Reino no puede dejar de servirse de ciertos elementos de la cultura o de las culturas humanas”³⁷. “Una fe que se colocara al margen de todo lo que es humano, y por lo tanto de todo lo que es cultura, sería una fe que

no refleja la plenitud de lo que la Palabra de Dios manifiesta y revela, una fe decapitada, peor todavía, una fe en proceso de autoanulación”³⁸.

45. La Universidad Católica debe estar cada vez más atenta a las culturas del mundo de hoy, así como a las diversas tradiciones culturales existentes dentro de la Iglesia, con el fin de promover un constante y provechoso diálogo entre el Evangelio y la sociedad actual. Entre los criterios que determinan el valor de una cultura, están, en primer lugar, el significado de la persona humana, su libertad, su dignidad, su sentido de la responsabilidad y su apertura a la trascendencia. Con el respeto a la persona está relacionado el valor eminente de la familia, célula primaria de toda cultura humana.

Las Universidades Católicas se esforzarán en discernir y evaluar bien tanto las aspiraciones como las contradicciones de la cultura moderna, para hacerla más apta para el desarrollo integral de las personas y de los pueblos. En particular se recomienda profundizar, con estudios apropiados, el impacto de la tecnología moderna y especialmente de los medios de comunicación social sobre las personas, las familias, las instituciones y el conjunto de la cultura moderna. Se debe defender la identidad de las culturas tradicionales, ayudándolas a incorporar los valores modernos sin sacrificar el propio patrimonio, que es una riqueza para toda la familia humana. Las Universidades, situadas en ambientes culturales tradicionales, tratarán cuidadosamente de armonizar las culturas locales con la contribución positiva de las culturas modernas.

46. Un campo que concierne especialmente a la Universidad Católica es el diálogo entre pensamiento cristiano y ciencias modernas. Esta tarea exige personas especialmente competentes en cada una de las disciplinas, dotadas de una adecuada formación teológica y capaces de afrontar las cuestiones epistemológicas a nivel de relaciones entre fe y razón. Dicho diálogo atañe tanto a las ciencias naturales como a las humanas, las cuales presentan nuevos y complejos problemas filosóficos y éticos. El investigador cristiano debe mostrar cómo la inteligencia humana se enriquece con la verdad superior, que deriva del Evangelio: “La inteligencia no es nunca disminuida, antes por el contrario, es estimulada y fortalecida por esa fuente interior de profunda

comprensión que es la palabra de Dios, y por la jerarquía de valores que de ella deriva ... La Universidad Católica contribuye de un modo único a manifestar la superioridad del espíritu, que nunca puede, sin peligro de extraviarse, consentir en ponerse al servicio de ninguna otra cosa que no sea la búsqueda de la verdad”³⁹.

47. Además del diálogo cultural, la Universidad Católica, respetando sus fines específicos y teniendo en cuenta los diversos contextos religioso-culturales y siguiendo las orientaciones dadas por la Autoridad eclesiástica competente, puede ofrecer una contribución al diálogo ecuménico, con el fin de promover la búsqueda de la unidad de todos los cristianos, y al diálogo interreligioso, ayudando a discernir los valores espirituales presentes en las diversas religiones.

4. Evangelización

48. La misión primaria de la Iglesia es anunciar el Evangelio de manera tal que garantice la relación entre fe y vida tanto en la persona individual como en el contexto socio-cultural en que las personas viven, actúan y se relacionan entre sí. Evangelización significa “llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad... No se trata solamente de predicar el Evangelio en zonas geográficas cada vez más vastas o en poblaciones cada vez más numerosas, sino de alcanzar y como trastocar mediante la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad que están en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación”⁴⁰.

49. Según su propia naturaleza, toda Universidad Católica presta una importante ayuda a la Iglesia en su misión evangelizadora. Se trata de un vital testimonio de orden institucional de Cristo y de su mensaje, tan necesario e importante para las culturas impregnadas por el secularismo o allí donde Cristo y su mensaje no son todavía conocidos de hecho. Además todas las actividades fundamentales de una Universidad Católica deberán vincularse y armonizarse con la misión evangelizadora de la Iglesia: la investigación

realizada a la luz del mensaje cristiano, que ponga los nuevos descubrimientos humanos al servicio de las personas y de la sociedad; la formación dada en un contexto de fe, que prepare personas capaces de un juicio racional y crítico, y conscientes de la dignidad trascendental de la persona humana; la formación profesional que comprenda los valores éticos y la dimensión de servicio a las personas y a la sociedad; el diálogo con la cultura, que favorezca una mejor comprensión de la fe; la investigación teológica, que ayude a la fe a expresarse en lenguaje moderno. “La Iglesia, porque es cada vez más consciente de su misión salvífica en este mundo, quiere sentir estos centros cercanos a sí misma, desea tenerlos presentes y operantes en la difusión del mensaje auténtico de Cristo⁴¹ .

II PARTE

NORMAS GENERALES

Artículo 1. La naturaleza de estas Normas Generales

§ 1. Las presentes Normas Generales están basadas en el Código de Derecho Canónico⁴², del cual son un desarrollo ulterior, y en la legislación complementaria de la Iglesia, permaneciendo en pie el derecho de la Santa Sede de intervenir donde se haga necesario. Son válidas para todas las Universidades Católicas y para los Institutos Católicos de Estudios Superiores de todo el mundo.

§ 2. Las Normas Generales deben ser concretamente aplicadas a nivel local y regional por las Conferencias Episcopales y por otras Asambleas de la Jerarquía Católica⁴³, en conformidad con el Código de Derecho Canónico y con la legislación eclesial complementaria, teniendo en cuenta los Estatutos de cada Universidad o Instituto y -en cuanto sea posible y oportuno- también el Derecho Civil. Después de la revisión por parte de la Santa Sede⁴⁴, dichos “Ordenamientos” locales o regionales serán válidos para todas las Universidades Católicas e Institutos Católicos de Estudios Superiores de la región, exceptuadas las Universidades y Facultades Eclesiásticas. Estas

últimas Instituciones, incluidas las Facultades Eclesiásticas pertenecientes a una Universidad Católica, se rigen por las normas de la Constitución Apostólica *Sapientia Christiana*⁴⁵.

§3. Una Universidad, erigida o aprobada por la Santa Sede, por una Conferencia Episcopal o por otra Asamblea de la Jerarquía católica, o por un Obispo diocesano, debe incorporar las presentes Normas Generales y sus aplicaciones, locales y regionales, en los documentos relativos a su gobierno, y conformar sus vigentes Estatutos tanto a las Normas Generales como a sus aplicaciones, y someterlos a la aprobación de la Autoridad eclesiástica competente. Se entiende que también las demás Universidades Católicas, esto es, las no establecidas según alguna de las formas más arriba indicadas, de acuerdo con la Autoridad eclesiástica local, harán propias estas Normas Generales y sus aplicaciones locales y regionales incorporándolas a los documentos relativos a su gobierno y -en cuanto posible- adecuarán sus vigentes Estatutos tanto a las Normas Generales como a sus aplicaciones.

Artículo 2. La naturaleza de una Universidad Católica

§1. Una Universidad Católica, como toda Universidad, es una comunidad de estudiosos que representa varias ramas del saber humano. Ella se dedica a la investigación, a la enseñanza y a varias formas de servicios, correspondientes con su misión cultural.

§ 2. Una Universidad Católica, en cuanto católica, inspira y realiza su investigación, la enseñanza y todas las demás actividades según los ideales, principios y actitudes católicos. Ella está vinculada a la Iglesia o por el trámite de un formal vínculo constitutivo o estatutario, o en virtud de un compromiso institucional asumido por sus responsables.

§ 3. Toda Universidad Católica debe manifestar su propia identidad católica o con una declaración de su misión, o con otro documento público apropiado, a menos que sea autorizada diversamente por la Autoridad

eclesiástica competente. Ella debe proveerse, particularmente mediante su estructura y sus reglamentos, de los medios necesarios para garantizar la expresión y la conservación de tal identidad en conformidad con el § 2.

§ 4. La enseñanza y la disciplina católicas deben influir sobre todas las actividades de la Universidad, respetando al mismo tiempo plenamente la libertad de conciencia de cada persona⁴⁶. Todo acto oficial de la Universidad debe estar de acuerdo con su identidad católica.

§ 5. Una Universidad Católica posee la autonomía necesaria para desarrollar su identidad específica y realizar su misión propia. La libertad de investigación y de enseñanza es reconocida y respetada según los principios y métodos propios de cada disciplina, siempre que sean salvaguardados

Los derechos de las personas y de la comunidad y dentro de las exigencias de la verdad y del bien común⁴⁷.

Artículo 3. Creación de una Universidad Católica

§ 1. Una Universidad Católica puede ser erigida o aprobada por la Santa Sede, por una Conferencia Episcopal o por otra Asamblea de la Jerarquía Católica, y por un Obispo diocesano.

§ 2. Con el consentimiento del Obispo diocesano una Universidad Católica puede ser erigida también por un Instituto Religioso o por otra persona jurídica pública.

§ 3. Una Universidad Católica puede ser erigida por otras personas eclesiásticas o por laicos. Tal Universidad podrá considerarse Universidad Católica sólo con el consentimiento de la Autoridad eclesiástica competente, según las condiciones que serán acordadas por las partes⁴⁸.

§ 4. En los casos mencionados en los §§ 1 y 2, los Estatutos deberán ser aprobados por la Autoridad eclesiástica competente.

Artículo 4. La comunidad universitaria

§ 1. La responsabilidad de mantener y fortalecer la identidad católica de la Universidad compete en primer lugar a la Universidad misma. Tal responsabilidad, aunque está encomendada principalmente a las Autoridades de la Universidad (incluidos, donde existan, el Gran Canciller y/o el Consejo de Administración, o un Organismo equivalente), es compartida también en medida diversa, por todos los miembros de la Comunidad, y exige por tanto, la contratación del personal universitario adecuado especialmente profesores y personal administrativo que esté dispuesto y capacitado para promover tal identidad. La identidad de la Universidad Católica va unida esencialmente a la calidad de los docentes y al respeto de la doctrina católica. Es responsabilidad de la Autoridad competente vigilar sobre estas exigencias fundamentales, según las indicaciones del Código de Derecho Canónico⁴⁹.

2. Al momento del nombramiento, todos los profesores y todo el personal administrativo deben ser informados de la identidad católica de la Institución y de sus implicaciones, y también de su responsabilidad de promover o, al menos, respetar tal identidad.

3. En los modos concordes con las diversas disciplinas académicas, todos los profesores católicos deben acoger fielmente, y todos los demás docentes deben respetar la doctrina y la moral católicas en su investigación y en su enseñanza. En particular, los teólogos católicos, conscientes de cumplir un mandato recibido de la Iglesia, deben ser fieles al Magisterio de la Iglesia, como auténtico intérprete de la Sagrada Escritura y de la Sagrada Tradición⁵⁰.

4. Los profesores y el personal administrativo que pertenecen a otras Iglesias, Comunidades eclesiales o religiones, asimismo los que no profesan ningún credo religioso, y todos los estudiantes, tienen la obligación de reconocer y respetar el carácter católico de la Universidad. Para no poner en peligro tal identidad católica de la Universidad o del Instituto Superior, evítese que los profesores no católicos constituyan una componente mayoritaria en el interior de la Institución, la cual es y debe permanecer católica.

5. La educación de los estudiantes debe integrar la dimensión académica y profesional con la formación en los principios morales y religiosos y con el estudio de la doctrina social de la Iglesia. El programa de estudio para cada una de las distintas profesiones debe incluir una adecuada formación ética en la profesión para la que dicho programa prepara. Además, se deberá ofrecer a todos los estudiantes la posibilidad de seguir cursos de doctrina católica⁵¹.

Artículo 5. La Universidad Católica en la Iglesia

1. Toda Universidad Católica debe mantener la comunión con la Iglesia universal y con la Santa Sede; debe estar en estrecha comunión con la Iglesia particular y, en especial, con los Obispos diocesanos de la región o de la nación en la que está situada. De acuerdo con su naturaleza de Universidad, la Universidad Católica contribuirá a la acción evangelizadora de la Iglesia.

2. Todo Obispo tiene la responsabilidad de promover la buena marcha de las Universidades Católicas en su diócesis, y tiene el derecho y el deber de vigilar para mantener y fortalecer su carácter católico. Si surgieran problemas acerca de tal requisito esencial, el Obispo local tomará las medidas necesarias para resolverlos, de acuerdo con las Autoridades académicas competentes y conforme a los procedimientos establecidos⁵² y -si fuera necesario- con la ayuda de la Santa Sede.

3. Toda Universidad Católica, incluida en el Art. 3, §§ 1 y 2, debe enviar periódicamente a la Autoridad eclesiástica competente un informe específico concerniente a la Universidad y a sus actividades. Las otras Universidades deben comunicar tales informaciones al Obispo de la diócesis en la que se encuentra la sede central de la Institución.

Artículo 6. Pastoral universitaria

1. La Universidad Católica debe promover la atención pastoral de los miembros de la Comunidad universitaria y, en particular, el desarrollo espiritual de los que profesan la fe católica. Debe darse la preferencia a

aquellos medios que facilitan la integración de la formación humana y profesional con los valores religiosos a la luz de la doctrina católica, con el fin de que el aprendizaje intelectual vaya unido con la dimensión religiosa de la vida.

2. Deberá nombrarse un número suficiente de personas calificadas - sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos- para proveer una acción pastoral específica en favor de la Comunidad universitaria, que se ha de desarrollar en armonía y colaboración con la pastoral de la Iglesia particular y bajo la guía o la aprobación del Obispo diocesano. Todos los miembros de la Comunidad universitaria deben ser invitados a comprometerse en esta labor pastoral y a colaborar en sus iniciativas.

Artículo 7. Colaboración

1. Con el fin de afrontar mejor los complejos problemas de la sociedad moderna y de fortalecer la identidad católica de las Instituciones, se deberá promover la colaboración a nivel regional, nacional e internacional en la investigación, en la enseñanza y en las demás actividades universitarias entre todas las Universidades Católicas, incluidas las Universidades y Facultades eclesiásticas.⁵³ Tal colaboración debe ser, obviamente, promovida también entre las Universidades Católicas y las demás Universidades e Instituciones de investigación y enseñanza, privadas o estatales.

2. Las Universidades Católicas, cuando sea posible y de acuerdo con los principios y la doctrina católicos, colaboren en programas de los gobiernos y en los proyectos de Organizaciones nacionales e internacionales en favor de la justicia, del desarrollo y del progreso.

NORMAS TRANSITORIAS

Art. 8. La presente Constitución entrará en vigor el primer día del año académico de 1991.

Art. 9. La aplicación de la Constitución se encomienda a la Congregación para la Educación Católica, a la que corresponderá proveer y dictar las disposiciones necesarias a tal fin.

Art. 10. Cuando con el pasar del tiempo las circunstancias lo requieran, compete a la Congregación para la Educación Católica proponer los cambios que se deban introducir en la presente Constitución, para que se adapte continuamente a las nuevas necesidades de las Universidades Católicas.

Art. 11. Quedan abrogadas las leyes particulares o costumbres, actualmente en vigor, que sean contrarias a esta Constitución. Igualmente quedan abolidos los privilegios concedidos hasta hoy por la Santa Sede a personas físicas o morales, y que estén en contra de esta Constitución.

CONCLUSIÓN

La misión que la Iglesia confía, con gran esperanza, a las Universidades Católicas reviste un significado cultural y religioso de vital importancia, pues concierne al futuro mismo de la humanidad. La renovación, exigida a las Universidades Católicas, las hará más capaces de responder a la tarea de llevar el mensaje de Cristo al hombre, a la sociedad y a las culturas: “Toda realidad humana, individual y social, ha sido liberada por Cristo: tanto las personas, como las actividades de los hombres, cuya manifestación más elevada y personificada es la cultura. La acción salvífica de la Iglesia sobre las culturas se cumple, ante todo, mediante las personas, las familias y los educadores ... Jesucristo, nuestro Salvador, ofrece su luz y su esperanza a todos aquellos que cultivan las ciencias, las artes, las letras y los numerosos campos desarrollados por la cultura moderna. Todos los hijos e hijas de la Iglesia deben, por tanto, tomar conciencia de su misión y descubrir cómo la fuerza del Evangelio puede penetrar y regenerar las mentalidades y los valores dominantes, que inspiran las culturas, así como las opiniones y las actitudes que de ellas derivan”⁵⁴.

Con vivísima esperanza dirijo este documento a todos los hombres y mujeres que están empeñados, de formas diversas, en la alta misión de la enseñanza superior católica.

Queridos Hermanos y Hermanas, mi aliento y mi confianza os acompañen en vuestro arduo trabajo diario, cada vez más importante, urgente y necesario para la causa de la evangelización y para el futuro de la cultura y de las culturas. La Iglesia y el mundo necesitan de vuestro testimonio y de vuestra competente, libre y responsable contribución.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 15 de agosto -solemnidad de la Asunción de María Santísima- del año 1990, duodécimo de mi pontificado.

Notas

- ¹ Carta del Papa Alejandro IV a la Universidad de París, 14-IV-1255, *Bullarium Diplomatum*, Introducción, t. III, Torino, 1858, p. 602.
- ² San Agustín, *Confesiones*, X, XXIII, 33: “La vida feliz es, pues, gozo de la verdad, porque éste es un gozo de ti, que eres la verdad, ¡oh Dios mío, luz mía, salud de mi rostro, Dios mío!”: PL 32, 793-794. Véase Santo Tomás de Aquino, *De Malo*, IX, 1: “Es, en efecto, natural al hombre aspirar al conocimiento de la verdad”.
- ³ Juan Pablo II, “Discurso al Instituto de París”, 1-VI-1980. En *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, vol. III/1 (1980), p. 1581.
- ⁴ Juan Pablo II, “Discurso a los Cardenales”, 10-XI-1979. En *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, vol. II/2 (1979), p. 1096; y “Discurso a la UNESCO”, París, 2-VI-1980. En AAS (1980), pp. 735-752.
- ⁵ Juan Pablo II, “Discurso a la Universidad de Coimbra”, 15-V-1982. En *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, vol. V/2 (1982), p. 1692.
- ⁶ Pablo VI, “Alocución a los Representantes de los Estados”, 4-X-1965. En *Insegnamenti di Paolo VI*, vol. III (1965), p. 508.
- ⁷ Cardenal John Henry Newman, *The Idea of University*, Londres, Longmans, Green and Company, 1931, p. XI.
- ⁸ Jn 14,6.
- ⁹ San Agustín, *Sermones*. 43, 9: PL 38, 258. También, San Anselmo, *Proslogion*, cap. I: PL 158, 227.
- ¹⁰ Juan Pablo II, “Alocución al Congreso Internacional de las Universidades Católicas”, 25-IV-1989, n. 3: AAS 18 (1989), p. 1218.
- ¹¹ Juan Pablo II, “Constitución Apostólica *Sapientia Christiana* sobre las Universidades y Facultades eclesíásticas”, 15-IV-1979: AAS 71 (1979), pp. 469-521.
- ¹² Concilio Vaticano II, “Declaración sobre la Educación Católica *Gravissimum educationis*”, n. 10: AAS 58 (1966), p. 737.
- ¹³ Mat 13, 52.
- ¹⁴ “Carta Magna de las Universidades Europeas”, Bolonia, Italia, 18-IX-1988, “Principios fundamentales”.
- ¹⁵ Cf. Concilio Vaticano II, “Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo *Gaudium et spes*”, n. 59: AAS 58 (1966), p. 1080; *Gravissimum educationis*, n. 10: AAS 58 (1966), p. 737. “Autonomía institucional” quiere significar que el gobierno de una institución académica está y permanece dentro de la institución. “Libertad académica” es la garantía, dada a cuantos se ocupan de la enseñanza y de la investigación, de poder indagar, en el ámbito del propio campo específico del conocimiento y conforme a los métodos propios de tal área, la verdad por doquiera el análisis y la evidencia los conduzcan, y de poder enseñar y publicar los resultados de tal investigación, teniendo presentes los criterios citados, esto es, la salvaguardia de los derechos del individuo y de la comunidad en las exigencias de la verdad y del bien común.

¹⁶ El concepto de cultura, expresado en este documento abarca una doble dimensión: la humanística y la socio-histórica. “Con la palabra genérica 'cultura' se indica todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano. De aquí se sigue que la cultura humana presente necesariamente un aspecto histórico y social, y que la palabra 'cultura' asuma con frecuencia un sentido sociológico y etnológico” (*Gaudium et spes*, n. 53: AAS 58 [1966], p. 1075).

¹⁷ “Las Universidades Católicas en el mundo moderno”. Documento final del II Congreso de Delegados de Universidades Católicas, Roma, 20- 29 nov. 1972, § 1.

¹⁸ *Ibidem*.

¹⁹ Juan Pablo II, “Alocución al Congreso Internacional sobre las Universidades Católicas”, 25-IV-1989, n. 4: AAS 81 (1989), p. 1219. Cf. también *Gaudium et spes*, n. 61: AAS 58 (1966), pp. 1081-1082. El Cardenal Newman observa que una Universidad “declara asignar a todo estudio, que ella acoge, su propio puesto y sus límites precisos; definir los derechos sobre los que basa las recíprocas relaciones y de efectuar la intercomunicación de cada uno y entre todos” (Op. cit, p. 457).

²⁰ *Gaudium et spes*, n. 36: AAS 58 (1966), p. 1054. A un grupo de científicos hacía observar que “mientras razón y fe representan sin duda dos órdenes diferentes de conocimiento, cada uno autónomo en relación a sus métodos, ambos, en fin, deben converger en el descubrimiento de una sola realidad total que tiene su origen en Dios” (Juan Pablo II, dirigiéndose al Convenio sobre Galileo, 9-V-1983, n. 3: AAS 75 [1983], p. 690).

²¹ Juan Pablo II, “Discurso a la UNESCO”, 2-VI-1980, n. 22: AAS 72 (1980), p. 750. La última parte de la cita recoge mis palabras dirigidas a la Pontificia Academia de las Ciencias, el 10-XI-1979: *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, vol. II/2 (1979), p. 1109.

²² *Gravissimum educationis*, n. 10: AAS 58 (1966), p. 737.

²³ *Gaudium et spes*, n. 59: AAS 58 (1966), p. 1080. El Cardenal Newman describe así el ideal perseguido: “Se forma una mentalidad que dura toda la vida y cuyas características son la libertad, la equidad, el sosiego, la moderación y la sabiduría” (Op. cit., pp. 101-102).

²⁴ Juan Pablo II, “Exhortación Apostólica post-sinodal *Christifideles laici*”, 30-XII-1988, n. 44: AAS 81 (1989), p. 479.

²⁵ Concilio Vaticano II, “Constitución Dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*”, n. 31: AAS 57 (1965), pp. 37-38. “Decreto sobre el apostolado de los seglares *Apostolicam actuositatem*”, passim: AAS 58 (1966), pp. 837 ss. También *Gaudium et spes*, n. 43: AAS 58 (1966), pp. 1061-1064.

²⁶ Concilio Vaticano II, “Declaración sobre la libertad religiosa *Dignitatis humanae*”, n. 2: AAS 58 (1966) pp. 930-931.

²⁷ Juan Pablo II, “Palabras dirigidas a los líderes de la Educación Superior Católica”, Universidad Javier de Louisiana, U.S.A., 12-IX-1987, n. 4: AAS 80 (1988), p. 764.

- ²⁸ *Gaudium et spes*, n. 59: AAS 58 (1966), p. 1080.
- ²⁹ Concilio Vaticano II, “Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación *Dei verbum*”, nn. 8-10: AAS 58 (1966), pp. 820-822.
- ³⁰ *Lumen gentium*, n. 25: AAS 57 (1965), pp. 29-31.
- ³¹ “Instrucción sobre la vocación eclesial del teólogo” de la Congregación para la Doctrina de la Fe, 24-V-1990.
- ³² Juan Pablo II, *Sollicitudo rei socialis*, nn. 27-34: AAS 80 (1988), pp. 547-560.
- ³³ Pablo VI, *Populorum progressio*, n. 1: AAS 59 (1967), p. 257.
- ³⁴ “Habiéndose, por tanto, tan felizmente propagado tales centros superiores de estudios, ha parecido sumamente útil que sus profesores y alumnos se reunieran en una común asociación, la cual, apoyándose en la autoridad del Sumo Pontífice, como padre y doctor universal, actuando de común acuerdo y en estrecha colaboración, pudiese más eficazmente difundir y extender la luz de Cristo” (Pío XII, Carta Apostólica *Catholicae studiorum universitates*, por la que erigió la Federación Internacional de las Universidades Católicas: AAS 42 [1950], p. 386).
- ³⁵ El Código de Derecho Canónico señala la responsabilidad general del Obispo respecto a los estudiantes universitarios: “El Obispo diocesano ha de procurar una intensa cura pastoral para los estudiantes, incluso erigiendo una parroquia o, al menos, mediante sacerdotes destinados establemente a esta tarea; y cuida de que en las universidades, incluso no católicas, haya centros universitarios católicos que proporcionen ayuda, sobre todo espiritual, a la juventud” (CIC, can. 813).
- ³⁶ “La Iglesia, al vivir durante el transcurso de la historia en variedad de circunstancias ha empleado los hallazgos de las diversas culturas para difundir y explicar el mensaje cristiano en su predicación a todas las gentes, para investigarlo y comprenderlo con mayor profundidad, para expresarlo mejor en la celebración litúrgica y en la vida de la multiforme comunidad de los fieles” (*Gaudium et spes*, n. 58: AAS 58 [1966], p. 1079).
- ³⁷ Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, n. 20: AAS 68 (1976), p. 18. Cf. *Gaudium et spes*, n. 58: AAS 58 (1966), p. 1079.
- ³⁸ Juan Pablo II, “Palabras dirigidas a los intelectuales, estudiantes y personal universitario en Medellín, Colombia”, 5-VIII-1986, n. 3: AAS 79 (1987), p. 99. Cf. también *Gaudium et spes*, n. 58: AAS 58 (1966), p. 1079.
- ³⁹ Pablo VI, “A los Delegados de la Federación Internacional de las Universidades Católicas”, 27-XI-1972: AAS 64 (1972), p. 770.
- ⁴⁰ *Evangelii nuntiandi*, n. 18 ss.: AAS 68 (1976), pp. 17-18.
- ⁴¹ Pablo VI, dirigiéndose a los Presidentes y Rectores de las Universidades de la Compañía de Jesús, 6-VIII-1975, n. 2: AAS 67 (1975), p. 533. Hablando a los participantes en el Congreso Internacional sobre las Universidades Católicas, 25-IV-1989, decía yo: “En una Universidad Católica la misión evangelizadora de la Iglesia y la misión investigadora y de enseñar van unidas y coordinadas”: AAS 81 (1989), p. 1220.
- ⁴² Véase en particular el capítulo del Código: “De las Universidades Católicas y otros Institutos Católicos de Estudios Superiores” (Cánones 807-814).

⁴³ Las Conferencias Episcopales se hallan constituidas en el Rito Latino Otros Ritos tienen otras Asambleas de la Jerarquía católica.

⁴⁴ *Canon* 455 § 2, CIC.

⁴⁵ *Sapientia Christiana*: AAS 71 (1979), pp. 469-521. Universidades y Facultades eclesiásticas son aquellas que tienen el derecho de otorgar grados académicos por la autoridad de la Santa Sede.

⁴⁶ *Dignitatis humanae*, n. 2: AAS 58 (1966), pp. 930-931.

⁴⁷ *Gaudium et spes*, nn. 57 y 59: AAS 58 (1966), pp. 1077-1080; *Gravissimum educationis*, n. 10: AAS 58 (1966), p. 737.

⁴⁸ Sea el establecimiento de una tal Universidad, sean las condiciones por las que pueda considerarse Universidad Católica, deberán ser conformes a las normas precisas dictadas por la Santa Sede, la Conferencia Episcopal u otra Asamblea de la Jerarquía Católica.

⁴⁹ El Canon 810 del CIC especifica la responsabilidad de la Autoridad competente en esta materia: § 1. La autoridad competente según los estatutos debe procurar que, en las Universidades Católicas, se nombren profesores que destaquen, no sólo por su idoneidad científica y pedagógica, sino también por la rectitud de su doctrina e integridad de vida; y que, cuando falten tales requisitos, sean removidos de su cargo, observando el procedimiento previsto en los estatutos. - § 2. Las Conferencias Episcopales y los Obispos diocesanos interesados tienen el deber y el derecho de velar para que en estas Universidades se observen fielmente los principios de la doctrina católica». Véase también, *infra*, artículo 5, 2.

⁵⁰ *Lumen gentium*, n. 25: AAS 57 (1965), p. 29; Concilio Vaticano II, “Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación *Dei verbum*”, nn. 8-10: AAS 58 (1966), pp. 820-822; y CIC, can. 812: “Quienes explican disciplinas teológicas en cualquier Instituto de Estudios Superiores deben tener mandato de la Autoridad eclesiástica competente”.

⁵¹ CIC, can. 811, § 2.

⁵² Para las Universidades, de las que habla el art. 3, §§ 1 y 2, estos procedimientos deben estar establecidos en los estatutos aprobados por la Autoridad eclesiástica. Para las otras Universidades Católicas, serán determinados por las Conferencias Episcopales o por otras Asambleas de la Jerarquía Católica.

⁵³ CIC, can. 820. Véase, también, *Sapientia Christiana*, Normas Comunes, art. 49: AAS 71 (1979), p. 512.

⁵⁴ Juan Pablo II, “Al Pontificio Consejo de la Cultura”, 13-I-1989, n. 2: AAS 81 (1989), pp. 857-858.

Presentamos nuestros sentimientos de conmoción, de gratitud y de sincera voluntad y firme propósito de asumir los retos, extraordinarios y apasionantes, que el Magisterio de Juan Pablo II, y su misma vida, nos están entregando hoy en nuestro trabajo diario, en nuestra labor académica, en nuestro gran “sueño” e ideal de contribuir a la “formación de hombres libres” que sean en la sociedad la semilla de la nueva civilización, fundada en la esperanza y en el amor.



Fondo
Editorial
UCSS